

FRANCISCO DE JEREZ O FRANCISCO LÓPEZ DE XEREZ (Sevilla, 1497 - ? 1565)

VERDADERA RELACIÓN DE LA CONQUISTA DEL PERÚ

Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla: conquistada por el magnifico y esforzado caballero Francisco Pizarro, hijo del capitán Gonzalo Pizarro, caballero de la ciudad de Truxillo: como capitán general de la cesarea y cathólica magestad del emperador y rey nuestro señor: enviada a su magestad por Francisco de Xerez, natural de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, secretario del sobredicho señor en todas las provincias y conquistas de la Nueva Castilla y uno de los primeros conquistadores della.

Fue vista y examinada esta obra por mandado de los señores inquisidores del arzobispado de Sevilla: e impresa en casa de Bartolomé Pérez, en el mes de julio. Año del parto virginal mil y quinientos y treinta y cuatro.

Porque a gloria de Dios nuestro soberano Señor, y honra y servicio de la católica cesárea magestad, sea alegría para los fieles y espanto para los infieles: y finalmente admiración a todos los humanos, la Providencia divina y la ventura del César, y la prudencia y esfuerzo y militar disciplina y trabajosas y peligrosas navegaciones y batallas de los españoles, vasallos del invictísimo Carlos Emperador del romano imperio, nuestro natural Rey y señor: me ha parecido escrebir esta relación, y enviarla a su magestad para que todos tengan noticia de lo ya dicho, que sea a gloria de Dios; porque, ayudados con su divina mano han vencido, y traído a nuestra santa fe católica tanta multitud de gentilidad; y a honra de nuestro César, porque con su gran poder y buena ventura en su tiempo tales cosas suceden; y alegría de los fieles que por ellos tales y tantas batallas se han vencido, y tantas provincias descubiertas y conquistadas; y tantas riquezas traídas para su rey y reinos y para ellos; y será lo dicho, que los cristianos han hecho temor a los infieles y admiración a todos los humanos; porque ¿cuándo se vieron en los antiguos ni modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta, y por tantos climas de cielo y golfos de mar y distancia de tierra ir a conquistar lo no visto ni sabido? Y ¿quién se igualará con los de España? No por cierto los Judíos, Griegos ni Romanos, de quien más que de todos se escribe. Porque, si los romanos tantas provincias sojuzgaron, fue con igual, o poco menor número de gente, y en tierras sabidas y proveídas de mantenimientos usados, y con capitanes y ejércitos pagados. Mas nuestros Españoles, siendo pocos en número, que nunca fueron juntos sino doscientos o trescientos, y algunas veces ciento y aun menos. Y el mayor número fue sola una vez veinte años ha, que fueron con el capitán Pedrarias mil trescientos hombres. Y los que en diversas veces han ido, no han sido pagados ni forzados, sino de su propia voluntad y a su costa han ido. Y así, han conquistado en nuestros tiempos más tierra que la que antes se sabia que todos los príncipes fieles e infieles poseían; manteniéndose con los mantenimientos bestiales de aquellos que no tenían noticias de pan ni vino; sufriendose con yerbas y raíces y frutas, han conquistado lo que

ya todo el mundo sabe; y por tanto, no escribiré al presente más de lo sucedido en la conquista de la Nueva-Castilla; y mucho no escribiré, por evitar prolijidad.

Siendo descubierta la mar del Sur, y conquistados y pacificados los moradores de Tierra-Firme. Habiendo poblado el gobernador Pedrarias de Ávila la ciudad de Panamá y la ciudad de Nata, y la villa del Nombre de Dios; viviendo en la ciudad de Panamá el capitán Francisco Pizarro, hijo del capitán Gonzalo Pizarro, caballero de la ciudad de Trujillo; teniendo su casa y hacienda repartimiento de indios como uno de los principales de la tierra, porque siempre lo fue, y se señaló en la conquista y población en las cosas del servicio de su majestad. Estando en quietud y reposo con celo de conseguir su buen propósito, y hacer otros muchos señalados servicios a la corona real, pidió licencia a Pedrarias para descubrir por aquella costa del mar del Sur a la vía de Levante; y gastó mucha parte de su hacienda en un navío grande que hizo, y en otras cosas necesarias para su viaje. Y partió de la ciudad de Panamá a catorce días del mes de noviembre de mil y quinientos y veinte y cuatro años; llevando en su compañía ciento y doce Españoles, los cuales llevaban algunos indios para su servicio. Y comenzó su viaje, en el cual pasaron muchos trabajos por ser invierno y los tiempos contrarios. Dejo de decir muchas cosas que les sucedieron, por evitar prolijidad; sola mente diré las cosas notables que más hacen al caso.

Setenta días después que salieron de Panamá saltaron en tierra en un puerto que después se nombró de la Hambre; en muchos de los puertos que antes hallaron habían tornado tierra, y por no hallar poblaciones los dejaban. Y en este puerto se quedó el capitán con ochenta hombres (que los demás ya eran muertos); y porque los mantenimientos se les habían acabado, y en aquella tierra no los había, envió el navío con los marineros y un capitán a la isla de las Perlas (que está en el término de Panamá) Para que trajese mantenimientos; porque pensó que en término, de diez o doce días sería socorrido. Y como la fortuna siempre, o las más veces es adversa, el navío se detuvo en ir y volver cuarenta y siete días; y en este tiempo se sostuvieron el capitán y los que con él estaban con un marisco que cogían de la costa de la mar con mucho trabajo; y algunos por estar debilitados cogiéndolo se morían; y con unos palmitos muy amargos. En este tiempo que el navío tardó en ir y volver murieron más de veinte hombres; cuando el navío volvió con el socorro del bastimento dijeron el capitán y los marineros que, como no habían llevado bastimentos, a la ida comieron un cuero de vaca curtido que llevaban para zurrónes de la bomba, y cocido, lo repartieron. Con el bastimento, que el navío trujo, que fue maíz y puercos, se reformó la gente que quedaba viva. Y de allí partió el capitán en seguimiento de su viaje, y llegó a un pueblo situado sobre la mar, que está en una fuerza alta, cercado el pueblo de palenque. Allí hallaron harto mantenimiento, y el pueblo desamparado de los naturales, y otro día vino mucha gente de guerra; y como eran belicosos y bien armados y los cristianos estaban flacos de la hambre y trabajos pasados, fueron desbaratados, y el capitán herido de siete heridas, la menor dellas peligrosa de muerte; y creyendo los indios que lo hirieron que quedaba muerto, lo dejaron; fueron heridos con él otros diez y siete hombres, y cinco muertos; visto por el capitán este desbarato, y el poco remedio, que allí había para curarse y reformar su gente, embarcóse y volvió a la tierra de Panamá, y desembarcó en un pueblo de indios cerca de la isla de las Perlas, que se llama Chuchama;

de allí envió el navío a Panamá, porque ya no se podía sostener en el agua, de la mucha broma que había cogido. E hizo saber a Pedrarias todo lo sucedido, y quedóse curando a sí y a sus compañeros. Cuando este navío llegó a Panamá, pocos días antes había partido en seguimiento y busca del capitán Pizarro el capitán Diego de Almagro su compañero, con otro navío y con setenta hombres; y navegó hasta llegar al pueblo donde el capitán Pizarro fue desbaratado; y el capitán Almagro hubo otro recuento con los indios de aquel pueblo, y también fue desbaratado; y le quebraron un ojo e hirieron muchos christianos; con todo esto, hicieron a los indios desamparar el pueblo, y lo quemaron. De allí se embarcaron y siguieron la costa hasta llegar a un gran río que llamaron de Sant Juan, porque en su día llegaron allí; donde hallaron alguna muestra de oro; y no hallando rastro del capitán Pizarro, volvióse el capitán Almagro a Chuchama, donde lo halló. Y concertaron que el capitán Almagro fuese a Panamá y aderezase los navíos, e hiciese más gente para proseguir su propósito y aca bar de gastar lo que les quedaba; que ya debían más de diez mil castellanos. En Panamá hubo gran contradicción de parte de Pedrarias y de otros, diciendo que no se debía proceder en tal viaje, de que su majestad no era servido. El capitán Almagro, con el poder que llevaba de su compañero, tuvo mucha constancia en lo que los dos habían comenzado, y requirió al gobernador Pedrarias que no los estorbase, porque ellos creían con ayuda de Dios, que su majestad seria servido de aquel viaje; a Pedrarias fue forzado consentir que hiciese gente. Con ciento y diez hombres salió de Panamá, y fue donde estaba el capitán Pizarro con otros cincuenta de los primeros ciento y diez que con él salieron, y de los setenta que el capitán Almagro llevó cuando le fue a buscar; que los ciento y treinta ya eran muertos. Los dos capitanes partieron en sus dos navíos con ciento y sesenta hombres, e iban costeando la tierra; y donde pensaban que había poblado saltaban en tierra con tres canoas que llevaban en las cuales remaban sesenta hombres; y así iban a buscar mantenimientos. Desta manera anduvieron tres años pasando grandes trabajos, hambres y fríos; y murió de hambre la mayor parte dellos, que no quedaron vivos cincuenta, sin descubrir hasta en fin de los tres años buena tierra, que todo era ciénagas y anegadizos inhabitables. Y esta buena tierra que se descubrió fue desde el río de Sant Juan, donde el capitán Pizarro se quedó con la poca gente que le quedó, y envió un capitán con el más pequeño navío a descubrir alguna buena tierra la costa adelante; y el otro navío envió con el capitán Diego de Almagro a Panamá para traer más gente; porque yendo los dos navíos juntos y con la gente no podían descubrir, y la gente se moría. El navío que fue a descubrir volvió a cabo de setenta días al río de Sant Juan, adonde el capitán Pizarro quedó con la gente; y dio relación de lo que le había sucedido, y fue que llegó hasta el pueblo de Cancebi, que es en aquella costa, y antes deste pueblo habían visto, los que en el navío iban, otras poblaciones muy ricas de oro y plata, y la gente de más razón que toda la que antes habían visto de indios; y trujeron seis personas para que deprendiesen la lengua de los Españoles; y trujeron oro y plata y ropa. El capitán y los que con él estaban recibieron tanta alegría que olvidaron todo el trabajo pasado y los gastos que habían hecho; y como aquellos que deseaban verse en aquella tierra, pues tan buena muestra daba de sí, venido el capitán Almagro de Panamá con el navío cargado de gente y caballos, los dos navíos con los capitanes y toda la gente salieron del río de Sant Juan para ir a aquella tierra nueva mente descubierta; y por ser trabajosa la navegación de aquella costa, se detuvieron más tiempo de lo que los bastimentos pudieron suplir, y fue forzado saltar la gente en tierra, y caminando por ella buscaban mantenimientos, por donde los podían

haber. Y los navíos por la mar llegaron a la bahía de Sant Matheo y a unos pueblos que los Españoles les pusieron por nombre de Santiago, y a los pueblos de Tacamez que todos van discurriendo por la costa adelante. Vistas por los christianos estas poblaciones que eran grandes y de mucha gente y belicosa, que en estos pueblos de Tacamez, llegando noventa Españoles una legua del pueblo, los salieron a recibir más de diez mil indios de guerra; y viendo que no les querían hacer mal los christianos ni tomarles de sus bienes, antes con mucho amor tratándoles la paz, los indios dejaron de les hacer guerra como ellos traían en propósito. En esta tierra había muchos mantenimientos, y la gente tenía muy buena orden de vivir; los pueblos con sus calles y plazas; pueblo había que tenía más de tres mil casas, y otros había menores.

Pareció a los capitanes y a los otros Españoles que, siendo tan pocos, no harían fruto en aquella tierra, por no poder resistir a los indios; y acordaron que se cargasen los navíos del mantenimiento que en aquellos pueblos había, y que volviesen atrás, a una isla que se dice del Gallo; porque allí podían estar seguros entre tanto que los navíos llegaban a Panamá a hacer saber al Gobernador la nueva de lo descubierto, y a pedirle más gente para que los capitanes pudiesen conseguir su propósito y pacificar la tierra. Y en los navíos iba el capitán Almagro, porque por algunas personas fue escrito al Gobernador que mandase volver la gente a Panamá, diciendo que no podían sufrir más trabajos de los que habían sufrido en tres años que había que andaban descubriendo; a lo cual proveyó el Gobernador que todos los que se quisiesen venir a Panamá, que lo pudiesen hacer, y los que se quisiesen quedar para descubrir más adelante que tuviesen libertad para ello; y así, se quedaron con el capitán Pizarro diez y seis hombres, y toda la otra gente se fue en los dos navíos a Panamá. El capitán Pizarro estuvo en aquella isla cinco meses, hasta que volvió el uno de los navíos, en el cual fueron y descubrieron cien leguas más adelante de lo que estaba descubierto. Y hallaron muchas poblaciones y mucha riqueza, y trujeron más muestras de oro y plata y ropa de la que antes habían traído, que los indios de su voluntad les daban, y así volvió el capitán con ellos, porque el término que el Gobernador le habían dado se le acababa; y el día que el término se cumplió entró en el puerto de Panamá.

Como estos dos capitanes estaban tan gastados, que ya no se podían sostener, debiendo como debían, mucha suma de pesos de oro. Con poco más de mil castellanos que el capitán Francisco Pizarro pudo haber prestados entre sus amigos se vino con ellos a Castilla; e hizo relación a su majestad de los grandes y señalados servicios que en servicio de su majestad había hecho; en gratificación de los cuales le hizo merced de la gobernación y adelantamiento de aquella tierra, y del hábito de Santiago y de ciertas alcaldías, y del alguaciladgo mayor, y otras mercedes y ayudas de costa le fueron hechas por su majestad como Emperador y Rey que a todos los que en su real servicio andan hace muchas mercedes, como ha siempre hecho. Por esta causa otros se han animado a gastar sus haciendas en su real servicio, descubriendo por aquella mar del Sur y por todo el mar Océano tierras y provincias que tan remotas están de la conversión destes reinos de Castilla. Despachado por su majestad el Gobernador y Adelantado Francisco Pizarro, partió del puerto de Sant Lucar con una armada; y con próspero viento sin ningún contraste, llegó al puerto del Nombre de Dios; y de allí se fue con la gente a la ciudad de Panamá, donde tuvo muchas contradicciones y estorbos para que no saliese de allí a ir a

poblar la tierra que él había descubierto, como su majestad le había mandado. Y con la firmeza que en la prosecución dello tuvo, con la más gente que pudo que fueron ciento y ochenta hombres y treinta y siete caballos, en tres navíos partió del puerto de Panamá; y tuvo tan venturosa navegación que en treze días llegó a la bahía de Sant Matheo, que en los principios cuando se descubrió, en más de dos años no pudieron llegar a aquellos pueblos; y allí desembarcó la gente y los caballos, y fueron por la costa de la mar, y en todas las poblaciones della hallaban la gente alzada. Y caminaron hasta llegar a un gran pueblo que se dice Coaque, al cual saltaron porque no se alzase como los otros pueblos; y allí tomaron quince mil pesos de oro y mil quinientos marcos de plata y muchas piedras de esmeraldas, que por el presente no fueron conocidas ni tenidas por piedras de valor; por esta causa los españoles les daban y rescataban con los indios por ropa y otras cosas que los indios les daban por ellas. Y en este pueblo prendieron al cacique señor dél con alguna gente suya; y hallaron mucha ropa de diversas maneras y muchos mantenimientos, en que había para mantenerse los españoles tres o cuatro años.

Deste pueblo de Coaque despachó el Gobernador los tres navíos para la ciudad de Panamá y para Nicoragua, para que en ellos viniese más gente y caballos para poder efectuar la conquista y población de la tierra. Y el Gobernador se quedó allí con la gente reposando algunos días hasta que dos de los navíos volvieran de Panamá con veinte y seis de caballo y treinta de pie; y éstos venidos, partió el Gobernador de allí con toda la gente de pie y de caballo, y anduvieron la costa adelante (la cual es muy poblada), poniendo a todos los pueblos debajo el señorío de su majestad; porque los señores destos pueblos, de una voluntad salían a los caminos a recibir al Gobernador sin ponerse en defensa; y el Gobernador sin les hacer mal ni enojo alguno, los recibía a todos amorosamente, haciéndoles entender algunas cosas para los traer en conocimiento de nuestra santa fe cathólica por algunos religiosos que para ello llevaba. Así anduvo el Gobernador con la gente española hasta llegar a una isla que se decía la Pugna, a la cual los christianos llamaron la isla de Santiago, que está dos leguas de la tierra-firme y por ser esta isla bien poblada y rica y abundosa de mantenimientos, pasó el Gobernador a ella en los dos navíos y en balsas de maderos que los indios tienen, en las cuales pasaron los caballos.

El Gobernador fue recibido en esta isla por el cacique señor della con mucha alegría y buen recibimiento, así de mantenimientos que le sacaron al camino como de diversos instrumentos músicos que los naturales tienen para su recreación. Esta isla tiene quinze leguas en circuito; es fértil y bien poblada. Hay en ella muchos pueblos y siete caciques son señores dellos, y uno es señor de todos ellos. Este señor dio de su voluntad al Gobernador alguna cantidad de oro y plata. Y por ser el tiempo de invierno el Gobernador reposó con su gente en aquella isla; porque caminando en tal tiempo con las aguas que hacía, no podía ser sin gran detrimento de los españoles; y entre tanto que pasó el invierno fueron allí curados algunos enfermos que había. Y como la inclinación de los indios es de no obedecer ni servir a otra generación si por fuerza no son atraídos a ello, estando este cacique con el Gobernador pacíficamente, habiéndose ya dado por vasallo de su majestad, supose por las lenguas que el Gobernador tenía consigo que el cacique tenía hecha junta de toda su gente de guerra, y que había muchos días que no entendía en otra cosa sino en hacer armas, demás de las que los indios tenían; lo cual por vista de ojos se vio, porque en el mismo pueblo donde los Españoles estaban aposentados y el cacique

residía, se hallaron en la casa del cacique y en otras muchas mucha gente toda puesta a punto de guerra, esperando a que se recogiese toda la gente de la isla para dar aquella noche sobre los christianos.

Sabida la verdad, y habida información secretamente sobre ello, luego mandó el Gobernador prender al cacique y a tres hijos suyos y a otros dos principales que pudieron ser presos y tomados a vida; y en la otra gente dieron todos los Españoles de sobresalto, y aquella tarde mataron alguna gente; y los demás todos huyeron y desampararon el pueblo; y la casa del cacique y otras algunas fueron metidas a saco, y en ellas se halló algún oro y plata y mucha ropa. Aquella noche en el real de los christianos hubo mucha guarda, en que todos velaron, que eran setenta de caballo y ciento de pie; y antes que otro día fuese amanescido se oyó en el real grita de gente de guerra; y en breve tiempo se vio cómo se venían allegando al real mucho número de indios, todos con sus armas y atabales y otros instrumentos que traen en sus guerras; y venida la gente dividida por muchas partes, que tomaban el real de los christianos en medio, y siendo el día claro, viniendo la gente y entrándose por el real, mandó el Gobernador que los acometiesen con mucho ánimo; y al acometer fueron heridos algunos christianos y caballos. Y todavía, como nuestro señor favorece y socorre en las necesidades a los que andan en su servicio, los indios fueron desbaratados y volvieron las espaldas; y los de caballo siguieron el alcance hiriendo y matando en ellos; y en este recuento fue muerta alguna cantidad de gente; y recogidos los christianos al real, porque los caballos estaban fatigados, porque desde la mañana hasta mediodía duró el seguir el alcance.

Otro día envió el Gobernador la gente dividida en cuadrillas a buscar a los contrarios por la isla, y a hacerles guerra; la cual se les hizo en término de veinte días, de manera que ellos quedaron bien castigados; y diez principales que fueron presos con el cacique, porque él confesó que le habían aconsejado que ordenase la traición que tenía urdida, y que él no quería venir en ello, y no lo pudo estorbar a los principales. Destos hizo justicia, quemando algunos, y a otros cortando las cabezas. Por el alzamiento y traición que el cacique e indios de la isla de Santiago tenían ordenado se les hizo guerra, hasta que apremiados della, desampararon la isla, y se pasaron a tierra-firme y por ser la isla tan poblada, abundosa y rica, porque no se acabase de destruir, acordó el Gobernador de poner en libertad al cacique, porque recogiese la gente que andaba derramada, y la isla se tornase a poblar. El cacique fue contento, con voluntad de servir a sus majestades de allí adelante, por la honra que en su prisión se le había hecho. Y porque en aquella isla no se podía hacer fruto, el Gobernador se partió con algunos españoles y caballos, que en tres navíos que allí estaban cupieron, para el pueblo de Túmbez, que a la sazón estaba de paces; dejando allí la otra gente con un capitán, en tanto que los navíos por ella. Y para ayudar a pasar con más brevedad, vinieron por mandado del Gobernador ciertas balsas de Túmbez, que el cacique envió, y en ella se metieron tres cristianos con alguna ropa. En tres días arribaron los navíos a la playa de Túmbez. Y como el Gobernador salió en tierra, halló la gente de los pueblos alzada. Súpose de algunos indios que fueron presos que se habían alzado y llevado los christianos y ropa que traían en las balsas. Luego que la gente fue salida de los navíos, y los caballos fueron sacados, mandó el Gobernador volver por la gente que en la isla había quedado. Él y la gente se aposentaron en el pueblo del cacique en dos casas fuertes, la una a manera de fortaleza. El Gobernador mandó a los

españoles que corriesen el campo, y que subiesen por un río arriba, que corre por entre aquellos pueblos, para que supiesen de los tres christianos que en las balsas habían llevado, si se pudiesen hallar es que los indios los matasen. Y aunque se puso mucha diligencia en correr la tierra de la primera hora que los españoles desembarcaron, no se pudieron hallar los tres christianos ni saber dellos. Esta gente se recogió en dos balsas con toda la más comida que se pudo haber, y prendieron algunos indios, de los cuales envió el Gobernador mensajeros al cacique y a algunos principales, requiriéndoles de parte de sus majestades que viniesen de paz, y trujesen los tres christianos vivos sin les hacer mal ni daño, y él los recibiría por vasallos de sus majestades, aunque habían sido transgresores; donde no, que les haría guerra a fuego y a sangre hasta destruirlos. Algunos días pasaron que no quisieron venir, antes se ensoberbecían, y hacían fuertes de la otra parte del río que iba crecido y no se podía apear. Y decían que pasasen allá los españoles, que a los otros tres ya los habían muerto. Como fue llegada toda la gente que en la isla había quedado, el Gobernador mandó hacer una grande balsa de madera, y por el mejor paso del río mandó pasar a un capitán con cuarenta de caballo y ochenta de pie, y pasaron en aquella balsa desde por la mañana hasta la hora de vísperas, y mandó a este capitán que les hiciese guerra, pues eran rebeldes y habían muerto a los christianos; y que si después, de haber castigado conforme al delicto que habían cometido, viniesen de paz, que los recibiese conforme a los mandamientos de sus majestades, y que con ellos los requiriese y llamase. Así se partió este capitán con su gente, y después de haber pasado el río, llevando sus guías anduvo toda la noche hacia donde la gente estaba, y a la mañana dio sobre el real donde habían estado aposentados, y siguió el alcance todo aquel día, hiriendo y matando en ellos; y prendió a los que a vida se pudieron tomar; y cerca de la noche los christianos se recogieron a un pueblo, y otro día por la mañana salió gente por sus cuadrillas en busca de los enemigos, y así fueron castigados; y visto por el capitán que bastaba el daño que se les había hecho, envió mensajeros a llamar de paz al cacique, y el cacique de aquella provincia, que ha por nombre Quilimasa, envió con los mensajeros un principal suyo, y por él respondió que por el mucho temor que tenía de los españoles no osaba venir; que si fuese cierto que no le habían de matar, que vernía de paz. El capitán respondió al mensajero que no recibiría mal ni daño, que viniese sin temor, que el Gobernador lo recibiría de paz por vasallo de sus majestades, y le perdonaría el delicto que había hecho. Con esta seguridad (aunque con mucho temor) vino el cacique con algunos principales. El capitán le recibió alegremente, diciendo que a los que venían de paz no se les había de hacer daño, aunque se hubiesen alzado; y que pues él era venido, que no se les haría más guerra de la hecha; que hiciese venir su gente a los pueblos. Después que mandó llevar de la otra parte del río el mantenimiento que se halló, el capitán se fue con los españoles adonde había quedado el Gobernador llevando consigo al cacique y a los principales indios; y contó al Gobernador lo que había pasado; el cual dio gracias a nuestro Señor por las mercedes que les hizo, dándoles victoria sin ser herido algún christiano, y díjoles que se fuesen a reposar. El Gobernador preguntó al cacique que por qué se había alzado y muerto los christianos, habiendo sido tan bien tratado dél y habiéndole restituido mucha parte de gente que el cacique de la isla le había tomado; y habiéndole dado los capitanes que le habían quemado su pueblo para que él hiciese justicia dellos, creyendo que fuera fiel y agradeciera estos beneficios. El cacique respondió: «Yo supe que ciertos principales míos que en las balsas venían llevaron tres christianos y los mataron, y yo no fui en ello; pero tuve temor que me, echádes a mí la

culpa». El Gobernador le dijo: «Esos principales que eso hicieron me traed aquí, y venga la gente a sus pueblos». El cacique envió a llamar su gente y a los principales, y dijo que no se podían haberlos que mataron a los christianos, porque se habían ausentado de su tierra. Después que el Gobernador hubo estado allí algunos días, viendo que no podían ser habidos los indios matadores, y que el pueblo de Túmbez estaba destruido, aunque parecía ser gran cosa, por algunos edificios que tenía y dos casas, cercada la una con dos cercas de tierra ciega, y sus patios y aposentos y puertas con defensas, que para entre indios es buena fortaleza. Dicen los naturales que a causa de una gran pestilencia que en ellos dio, y de la guerra que han habido del cacique de la isla, están asolados. Y por no haber en esta comarca más indios de los que están sujetos a este cacique, determinó el Gobernador de partir con alguna gente de pie y de caballo en busca de otra provincia más poblada de naturales para asentar en ella pueblo; y así, se partió, dejando en ella su teniente con los christianos que quedan en guarda del fardaje, y el cacique quedó de paz, recogiendo su gente a los pueblos.

El primero día que el Gobernador partió de Túmbez, que fue a diez y seis de mayo de mil y quinientos y treinta y dos años, llegó a un pueblo pequeño; y en tres días siguientes llegó a un pueblo que está entre unas sierras; el cacique señor de aquel pueblo fue llamado Juan; allí reposó tres días, y en otras tres jornadas llegó a la ribera de un río que estaba bien poblada y bastecida de muchos mantenimientos de la tierra y ganado de ovejas. El camino está todo hecho a mano, ancho y bien labrado, y en algunos pasos malos hechas sus calzadas. Llegado a este río, que se dice Turicarami, asentó su real en un pueblo grande llamado Puechio. Y todos los más caciques que había el río abajo vinieron de paz al Gobernador, y los deste pueblo le salieron a recibir al camino. El Gobernador los recibió a todos con mucho amor, y les notificó el requerimiento que sus majestades mandan para atraellos en conocimiento y obediencia de la Iglesia y de sus majestades. Entendiéndolo ellos por sus lenguas, dijeron que querían ser sus vasallos, y por tales los recibió el Gobernador con la solemnidad que se requiere, y dieron servicio y mantenimientos.

Antes de llegar a este pueblo un tiro de ballesta, hay una gran plaza con una fortaleza cercada, y dentro muchos aposentos, donde los christianos se aposentaron porque los naturales no recibiesen enojo. Así en éste como en todos los otros que venían de paz mandó el Gobernador pregonar, so graves penas, que ningún daño les fuese hecho en personas ni en bienes, ni les tomasen los mantenimientos más de lo que ellos quisiesen dar para el sostenimiento de los christianos, castigando y ejecutando las penas en los que lo contrario hacían; porque los naturales traían cada día cuanto mantenimiento era necesario y yerba para los caballos, y servían en todo lo que les era mandado. Como el Gobernador viese la ribera de aquel río ser abundosa y muy poblada, mandó que se viese la comarca della, y si había puerto en buen paraje; y fue hallado muy buen puerto a la costa de la mar cerca desta ribera, y caciques señores de mucha gente en parte donde podían venir a servir a este río. El Gobernador fue a visitar todos estos pueblos; y vistos, dijo que le parecía ser buena esta comarca para ser poblada de españoles. Y porque se cumpla lo que su majestad manda, y los naturales vengan a la conversión y conocimiento de nuestra santa fe cathólica, hizo mensajero a los españoles que quedaron en Túmbez, que viniesen para que, con acuerdo de las personas que su majestad mandase

hiciese la población en la parte más conveniente a su servicio y bien de los naturales. Y después de enviado este mensajero, parecióle que habría dilación en la venida, si no fuese persona a quien el cacique y indios de Túmbez tuviesen temor, para que ayudasen a venir la gente.

Y envió a su hermano Hernando Pizarro, capitán general. Después supo el Gobernador que ciertos caciques que viven en la sierra no querían venir de paz, aunque eran requeridos por los mandamientos de su majestad; y envió un capitán con veinte y cinco de caballo y gente de pie para traerlos al servicio de su majestad, hallándolos el capitán ausentados de sus pueblos. Él les fue a requerir que viniesen de paz, y ellos vinieron de guerra, y el capitán salió contra ellos, y en breve tiempo, hiriendo y matando, fueron desbaratados los indios. El capitán les tornó a requerir que viniesen a él de paz; donde no, que les haría guerra hasta destruirlos; y así, vinieron de paz, y el capitán los recibió; y dejando toda aquella provincia pacífica, se volvió donde el Gobernador estaba, y trujo los caciques; el Gobernador los recibió con mucho amor y mandólos volver a sus pueblos y recoger su gente.

El capitán dijo que había hallado en los pueblos destes caciques de la sierra minas de oro fino, y que los vecinos lo cogen, y trujo muestra dello, y que las minas están veinte leguas deste pueblo. El capitán que fue a Túmbez por la gente vino con ella desde en treinta días; alguna della vino por mar con el fardaje en un navío y en un barco y en balsas. Estos navíos eran venidos de Panamá con mercaderías, y no trujeron gente, porque el capitán Diego de Almagro quedaba haciendo una armada para venir a esta población, con propósito de poblar por sí. Sabido por el Gobernador que estos navíos eran llegados, porque con más brevedad se descargase el fardaje y se subiese el río arriba, él se partió del pueblo de Puechio por el río abajo, con alguna gente. Llegado donde está un cacique llamado la Chira, halló ciertos christianos que habían desembarcado, los cuales se quejaron al Gobernador que el cacique les había hecho mal tratamiento, y la noche antes no habían dormido de temor, porque vieron andar alterados a los indios y acabdillados.

El Gobernador hizo información de los indios naturales, y halló que el cacique de la Chira con sus principales, y otro llamado Almotaje, tenían concertado de matar a los christianos el día que llegó el Gobernador. Vista la información, el Gobernador envió secretamente a prender al cacique de Almotaje y los principales indios, y él prendió al de la Chira y algunos de sus principales, los cuales confesaron el delito. Luego mandó hacer justicia, quemando al cacique de Almotaje y a sus principales y a algunos indios y a todos los principales de la Chira: deste cacique de la Chira no hizo justicia, por que pareció no tener tanta culpa y ser apremiado de sus principales; y porque estas dos poblaciones quedaban sin cabeza y se perderían. Al cual apercibió que de allí adelante fuese bueno, que a la primera ruindad no le perdonaría, y que recogiese toda su gente y la de Almotaje, y la gobernase y rigiese hasta que un mochacho, heredero en el señorío de Almotaje, fuese de edad para gobernar. Este castigo puso mucho temor en toda la comarca. De manera que cierta junta que se dijo que tenían urdida todos los comarcanos para venir a dar sobre el Gobernador y españoles se deshizo; y de allí adelante todos sirvieron mejor, con más temor que antes. Hecha esta justicia, y recogida toda la gente y fardaje que vino de Túmbez, vista aquella comarca y ribera por el reverendo padre fray

Vicente de Valverde, religioso de la orden de señor Santo Domingo, y por los oficiales de sus majestades, el Gobernador con acuerdo destas personas, como sus majestades mandan (porque en esta comarca y ribera concurren las causas y cualidades que debe haber en tierra que ha de ser poblada de Españoles, y los naturales della podrán servir sin padecer fatiga demasiada, teniendo principalmente respecto a su conservación como es la voluntad de sus majestades que se tenga), asentó y fundó pueblo en nombre de sus majestades. Junto a la ribera deste río, seis leguas del puerto de mar, hay un cacique señor de una ciudad que se llamaba Tangarara, a la cual se puso por nombre Sant Miguel. Y porque los navíos que habían venido de Panamá no recibiesen detrimento, dilatándose su tornada, el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de sus majestades, mandó fundir cierto oro que estos caciques, y el de Túmbez habían dado de presente; y sacado el quinto perteneciente a sus majestades, la resta perteneciente a la compañía el Gobernador la tomó prestada de los compañeros para pagarla del primer oro que se hubiese; y con este oro despachó los navíos, pagados sus fletes; y los mercaderes despacharon sus mercaderías, y se partieron. El Gobernador envió a avisar al capitán Almagro su compañero, cuánto sería deservido Dios y sus majestades de intentar su nueva población para estorbarle su propósito.

Habiendo proveído el Gobernador el despacho destes navíos, repartió entre las personas que se avecindaron en este pueblo las tierras y, solares; porque los vecinos sin ayuda y servicio de los naturales no se podían sostener ni poblarse el pueblo; y sirviendo sin estar repartidos los caciques en personas que los administrasen, los naturales recibirían mucho daño; por que como los españoles tengan conocidos a los indios que tienen en administración, son bien tratados y conservados. A esta causa, con acuerdo del religioso y de los oficiales, que les pareció convenir así al servicio de Dios y bien de los naturales, el Gobernador depositó los caciques e indios en los vecinos deste pueblo, porque los ayudasen a sostener, y los christianos los doctrinasen en nuestra santa fe, conforme a los mandamientos de sus majestades; entre tanto que provean lo que más conviene al servicio de Dios y suyo y bien del pueblo y de los naturales de la tierra, fueron elegidos alcaldes y regidores y otros oficiales públicos, a los cuales fueron dadas ordenanzas por donde se rigiesen.

Tuvo noticia el Gobernador que la vía de Chíncha y del Cuzco hay muchas y grandes poblaciones abundosas y ricas; y que doce o quince jornadas deste pueblo está un valle poblado que se dice Caxamalca, adonde reside Atabaliba, que es el mayor señor que al presente hay entre los naturales; al cual todos obedecen; y que lejos tierra de donde es natural, ha venido conquistando; y como llegó a la provincia de Caxamalca (por ser tan rica y apacible), asentó en ella, y de allí va conquistando más tierra. Y por ser este señor tan temido, los comarcanos deste río no están tan domésticos al servicio de su majestad como conviene, antes se favorecen con este Atabaliba, y dicen que a él tienen por señor y no a otro; y que pequeña parte de su hueste basta para matar a todos los christianos; poniendo mucho temor con su acostumbrada crueldad. El Gobernador acordó de partir en busca de Atabaliba por traerlo al servicio de su majestad, y para pacificar las provincias comarcanas; porque, éste conquistado, lo restante ligeramente sería pacificado.

Salió el Gobernador de la ciudad de Sant Miguel en de manda de Atabaliba a veynte y cuatro días de Setiembre. Año de M. Q. Y treynta y dos. El primero día de su camino pasó la gente el río en dos balsas, y los caballos nadando; aquella noche durmió en un pueblo de la otra parte del río. En tres días siguientes llegó al valle de Piura, a una fortaleza de un cacique, adonde halló un capitán con ciertos españoles, al cual él había enviado para pacificar aquel cacique; y porque no pusiesen en necesidad al cacique de Sant Miguel. Allí estuvo el Gobernador diez días reformándose de lo que era menester para su viaje; y contando los christianos que llevaba, halló sesenta y siete de caballo y ciento diez de pie, tres dellos escopeteros y algunos ballesteros. Y porque el teniente de Sant Miguel le escribió que quedaban allá pocos christianos, mandó pregonar el Gobernador que los que quisiesen volver a avencindarse en el pueblo de Sant Miguel que asignarían indios con que se sostuviesen, como a los otros vecinos que allá quedaban. Y que él iría a conquistar con los que le quedasen, pocos o muchos. De allí se volvieron cinco de caballo y cuatro de pie, por manera que se cumplieron con éstos cincuenta y cinco vecinos, sin otros diez o doce que quedaron sin vecindades por su voluntad.

Al Gobernador quedaron sesenta y dos de caballo y, ciento y dos de pie. Allí mandó el Gobernador que hiciesen armas los que no las tenían, para sus personas y para sus caballos; y reformó los ballesteros, cumpliéndolos a veinte, y puso un capitán que tuviese cargo dellos. Proveído que hubo en todo lo que convenía, se partió con la gente; y habiendo caminado hasta mediodía, llegó a una plaza grande cercada de tapias, de un cacique llamado Pabor; el Gobernador y, su gente se aposentaron allí. Súpose que este cacique era gran señor, el cual al presente estaba destruido; que el Cuzco viejo, padre de Atabaliba, le había destruido veinte pueblos y muerto la gente dellos. Con todo este daño, tenía mucha gente. Y junto con él está otro su hermano, tan gran señor como él. Estos eran de paz, depositados en la ciudad de Sant Miguel. Esta población y la de Piura están en unos valles llanos muy buenos. El Gobernador se informó allí de los pueblos y caciques comarcanos y del camino de Caxamalca; e informáronle que dos jornadas de allí había un pueblo grande, que se dice Caxas, en el cual había guarnición de Atabaliba esperando a los christianos, si fuesen por allí. Sabido por el Gobernador, mandó secretamente a un capitán con gente de pie y de caballo, para que fuese al pueblo de Caxas, porque si allí óbviese gente de Atabaliba no tomasen soberbia no yendo a ellos; y mandóle que buenamente procurase de los pacificar y traellos a servicio de su majestad, requiriéndoles por sus mandamientos. Luego aquel día se partió el capitán. Otro día se partió el Gobernador; y llegó a un pueblo llamado Caran, donde esperó al capitán que fue a Caxas; el cacique del pueblo trujo al Gobernador mantenimiento de ovejas y otras cosas, a una fortaleza donde el Gobernador llegó a mediodía.

Otro día partió de la fortaleza, y llegó al pueblo de Caran, en el cual mandó asentar su real para esperar al capitán que había ido a Caxas; el cual desde en cinco días envió un mensajero al Gobernador, haciéndole saber lo que les había sucedido. El Gobernador respondió luego cómo en aquel pueblo quedaba esperando; que desde hubiesen negociado viniesen a se juntar con él; y que de camino visitasen y pacificasen otro pueblo que está cerca de la ciudad de Caxas, que se dice de Gucabamba, y que tenía noticia que este cacique de Caran es señor de buenos pueblos y de un valle abundoso, el cual está depositado en los vecinos de la ciudad de Sant Miguel. En ocho días que el Gobernador

estuvo esperando al capitán, se reformaron los Españoles, y aderezaron sus caballos para la conquista y viaje.

Venido el capitán con su gente, hizo relación al Gobernador de lo que en aquellos pueblos había visto. En que dijo que había estado dos días y una noche hasta llegar a Caxas sin reposar más de a comer, subiendo grandes sierras por tomar de sobresalto aquel pueblo. Y que con todo esto no pudo llegar (aunque llevó buenas guías) sin que en el camino topase con espías del pueblo; y que algunos dellos fueron tomados, de los cuales supieron cómo estaba la gente; y puestos los christianos en orden, siguió su camino hasta llegar al pueblo, y a la entrada dél halló un asiento de real donde parecía haber estado gente de guerra. El pueblo de Caxas está en un valle pequeño entre unas sierras, y la gente del pueblo estaba algo alterada; y como el capitán les dio seguro, y les hizo entender cómo venía de parte del Gobernador para los recibir por vasallos del Emperador. Entonces salió un capitán, que dijo que estaba por Atabaliba recibiendo los tributos de aquellos pueblos, del cual se informó del camino de Caxamalca, y de la intención que Atabaliba tenía para recibir a los christianos, y de la ciudad del Cuzco, que está de allí treinta jornadas; que tiene la cerca un día de andadura, y la casa de aposento del cacique tiene cuatro tiros de ballesta, y que hay una sala donde está muerto el Cuzco viejo, que el suelo está chapado de plata, y el techo y las paredes de chapas de oro y plata entretejidas. Y que aquellos pueblos habían estado hasta un año antes por el Cuzco, hijo del Cuzco viejo, hasta que Atabaliba, su hermano, se levantó, y ha venido conquistando la tierra, echándoles grandes pechos y tributos, y que cada día hace en ellos muchas crueldades, y que, demás del tributo que le dan de sus haciendas y granjerías, se lo dan de sus hijos y hijas. Y que aquel asiento de real que allí estaba fue de Atabaliba, que pocos días antes se había ido de allí con cierta parte de su hueste, y que se halló en aquel pueblo de Caxas una casa grande, fuerte y cercada de tapias, con sus puertas, en la cual estaban muchas mujeres hilando y tejiendo ropa para la hueste de Atabaliba, sin tener varones, más de los porteros que las guardaban; y que a la entrada del pueblo había ciertos indios ahorcados de los pies; y supo deste principal que Atabaliba los mandó matar porque uno dellos entró en la casa de las mujeres a dormir con una; al cual, y a todos los porteros que consintieron, ahorcó.

Como este capitán hubo apaciguado este pueblo de Caxas, fue al de Guacamba, que es una jornada de allí, y es mayor que el de Caxas y de mejores edificios, y la fortaleza toda de piedra muy bien labrada, asentadas las piedras grandes de largor de cinco y seis palmos, tan juntas, que parece no haber entre ellas mezcla, con su acutea alta de cantería, con dos escaleras de piedra en medio de dos aposentos. Por medio deste pueblo y del de Caxas pasa un río pequeño de que los pueblos se sirven, y tienen sus puentes con calzadas muy bien hechas. Pasa por aquellos dos pueblos un camino ancho, hecho a mano, que atraviesa toda aquella tierra, y viene desde el Cuzco hasta Quito, que hay más de trescientas leguas; va llano, y por las sierras bien labrado; es tan ancho, que seis de caballo pueden ir por él a la par sin llegar uno a otro; van por el camino caños de agua traídos de otra parte, de donde los caminantes beben. A cada jornada hay una casa a manera de venta, donde se aposentan los que van y vienen. A la entrada deste camino en el pueblo de Caxas, está una casa al principio de una puente, donde reside una guarda que

recibe el portadgo de los que van y vienen y páganlo en la mesma cosa que llevan. Y ninguno puede sacar carga del pueblo si no la mete. Aquesta costumbre tienen antiguamente, y Atabaliba la suspendió en cuanto tocaba a lo que sacan para su gente de guarnición. Ningún pasajero puede entrar ni salir por otro camino con carga, sino por este do está la guarda, so pena de muerte.

También dijo que halló en estos dos pueblos dos casas llenas de calzado y panes de sal, y un manjar que parecía albóndigas, y depósito de otras cosas para la hueste de Atabaliba. Y dijo que aquellos pueblos tenían buena orden y vivían políticamente. Con el capitán vino un indio principal con otros algunos. Dijo el capitán que aquel indio había venido con cierto presente para el Gobernador. Este mensajero dijo al Gobernador que su señor Atabaliba le había enviado desde Caxamalca para le traer aquel presente, que eran dos fortalezas a manera de fuente, figuradas en piedra, con que beba; y dos cargas de patos secos desollados, para que hechos polvos, se sahume con ellos, por que así se usa entre los señores de su tierra, y que le envía a decir que él tiene voluntad de ser su amigo, y esperalle de paz en Caxamalca. El Gobernador recibió el presente y le habló bien, diciendo que holgaba mucho de su venida por ser mensajero de Atabaliba, a quien él deseaba ver por las nuevas que dél oía. Que como él supo que hacía guerra a sus contrarios, determinó de ir a verlo y ser su amigo y hermano, y favorecerlo en su conquista con los españoles que con él venían. Y mandó que le diesen de comer a él y a los que con él venían. Y todo lo que hubiesen menester, y fuesen bien aposentados, como embajadores de tan gran señor; y después que hubieron reposado, los mandó venir ante sí, y que si querían volver o reposar allí algún día, que hiciesen a su voluntad. El mensajero dijo que quería volver con la respuesta a su señor. El Gobernador le dijo: Dirásle de mi parte lo que te he dicho, que no pararé en algún pueblo del camino por llegar presto a verme con él». Y diole una camisa, y otras cosas de Castilla para que le llevase. Partido este mensajero, el Gobernador se detuvo allí dos días, porque la gente que había venido de Caxas venía fatigada del camino. Y entre tanto escribió a los vecinos del pueblo de Sant Miguel la relación que de la tierra se tenía y las nuevas de Atabaliba, y les envió las dos fortalezas y ropas de lana de la tierra que de Caxas trujeron (que es cosa de ver en España la obra y primeza della, que más se juzgara ser seda que de lana, con muchas labores y figuras de oro de martillo, muy bien asentado en la ropa). Como el Gobernador hubo despachado estos mensajeros para el pueblo de Sant Miguel, él se partió, y anduvo tres días sin hallar pueblo ni agua, más de una fuente pequeña, de donde con trabajo se proveyó, Al cabo de tres días llegó a una gran plaza cercada, en la cual no halló gente.

Súpose que es de un cacique señor de un pueblo que se dice Copiz, que está cerca de allí en un valle, y que aquella fortaleza está despoblada porque no tenía agua. Otro día madrugó el Gobernador con la luna, porque había gran jornada hasta llegar a poblado; a mediodía llegó a una casa cercada con muy buenos aposentos, de donde le salieron a recibir algunos indios; y porque allí no había agua ni mantenimientos, se fue dos leguas de allí al pueblo del cacique; llegando allá, mandó que la gente se aposentase junta en cierta parte dél. Allí supo el Gobernador de los principales indios de aquel pueblo, que se llama Motux, que el cacique dél estaba en Caxamalca y que había llevado trescientos hombres de guerra; hallóse allí un capitán puesto por Atabaliba. Allí reposó el Gobernador cuatro días, y en ellos vio alguna parte de la población deste cacique, que

pareció tener mucha en un valle abundoso. Todos los pueblos que hay de allí hasta el pueblo de Sant Miguel están en valles, y asimesmo todos aquellos de que se tiene noticia que hay hasta el pie de la sierra que está cerca de Caxamalca. Por este camino toda la gente tiene una mesma manera de vivir. Las mujeres visten una ropa larga que arrastra por el suelo, como hábito de mujeres de Castilla. Los hombres traen unas camisas cortas; es gente sucia, comen carne y pescado todo crudo; el maíz comen cocido y tostado. Tienen otras suciedades de sacrificios y mezquitas, a las cuales tienen en veneración. Todo lo mejor de sus haciendas ofrescen en ellas. Sacrifican cada mes a sus propios naturales y hijos, y con la sangre dellos, untan las caras a los ídolos y las puertas a las mezquitas, y echan della encima de las sepolturas de los muertos. Y los mesmos de quien hacen sacrificio se dan de voluntad a la muerte, riendo y bailando y cantando; y ellos la piden después que están hartos de beber, antes que les corten las cabezas, también sacrifican ovejas. Las mezquitas son diferenciadas de las otras casas, cercadas de piedra y de tapia muy bien labradas, asentadas en lo más alto de los pueblos. En Túmbez y en estas poblaciones usan un traje y tienen los mesmos sacrificios. Siembran de regadío en las vegas de los ríos, repartiendo las aguas en acequias; cogen mucho maíz y otras semillas y raíces que comen; en esta tierra llueve poco.

El Gobernador caminó dos días por unos valles muy poblados, durmiendo a cada jornada en casas fuertes cercadas de tapias; los señores destos pueblos dicen que el Cuzco viejo posaba en estas casas cuando iba camino. La gente desta tierra salía de paz. Otro día caminó por una tierra arenosa y seca, hasta que llegó a otro valle bien poblado por el cual pasa un río furioso grande; y porque iba crecido: el Gobernador durmió de aquella parte, y mandó a un capitán que lo pasase a nado con algunos que sabían nadar; y que fuese a los pueblos de la otra parte, porque no viniese gente a estorbar el paso. El capitán Hernando Pizarro pasó, y los indios de un pueblo que está a la otra parte vinieron a él de paz, y aposentóse en una fortaleza cercada, y como viese que estaban alzados los indios de los pueblos, que aunque algunos indios salieron a él de paz, todos los pueblos estaban yermos y la tropa alzada. Él les preguntó por Atabaliba, si sabían que esperaba de paz o de guerra a los christianos; y ninguno le quiso decir verdad, por temor que tenían de Atabaliba, hasta que tomado aparte un principal, y atormentado, dijo que Ataliba esperaba de guerra con su gente en tres partes, la una al pie de la sierra y otra en lo alto, y otra en Caxamalca, con mucha soberbia, diciendo que ha de matar a los christianos; lo cual dijo este principal que él lo había oído. Otro día por la mañana lo hizo saber el capitán al Gobernador.

Luego mandó el Gobernador cortar árboles de la una parte y de la otra del río, con que la gente y fardaje pasase; y fueron hechos tres pontones, por donde en todo aquel día pasó la hueste y los caballos a nado. En todo esto trabajó el Gobernador mucho hasta ser pasada la gente; y como hubo pasado, se fue a aposentar a la fortaleza donde el capitán estaba; y mandó llamar a un cacique, del cual supo que Atabaliba estaba delante de Caxamalca en Guamachuco, con mucha gente de guerra, que serían cincuenta mil hombres. Como el Gobernador oyó tanto número de gente, creyendo que erraba el cacique en la cuenta, informóse de su manera de contar, y supo que cuentan de uno hasta diez, y de diez hasta ciento, y de diez cientos hacen mil, y cinco dieces de millares era la gente que Atabaliba tenía. Este cacique de quien el Gobernador se informó es el principal de los de aquel río;

el cual dijo que al tiempo que vino Atabaliba por aquella tierra, él se había escondido por temor. Y como no lo halló en sus pueblos, de cinco mil indios que tenía, le mató los cuatro mil, y le tomó seiscientas mujeres y seiscientos mochos para repartir entre su gente de guerra. Y dijo que el cacique señor de aquel pueblo y fortaleza donde estaba se llama Cinto, y que estaba con Atabaliba.

Aquí reposó el Gobernador y su gente cuatro días; y un día antes que hubiese de partir habló con un indio principal de la provincia de Sant Miguel, y le dijo si se atrevía a ir a Caxamalca por espía y traer aviso de lo que hobiese en la tierra. El indio respondió: No osaré ir por espía; mas iré por tu mensajero a hablar con Atabaliba, y sabré si hay gente de guerra en la sierra, y el propósito que tiene Atabaliba». El Gobernador le dijo que fuese como quisiese; y que si en la sierra hobiese gente (como allí habían sabido) que le enviase aviso con un indio de los que consigo llevaba. Y que hablase con Atabaliba y su gente, y les dijese el buen trato miento que él y los christianos hacen a los caciques de paz, y que no hacen guerra sino a los que se ponen en ella. Y que de todo les dijese verdad, según lo que había visto. Y que si Atabaliba quisiese ser bueno, que él sería su amigo y hermano y le favorecería y ayudaría en su guerra. Con esta embajada se partió aquel indio, y el Gobernador prosiguió su viaje por aquellos valles, hallando cada día pueblo con su casa cercada como fortaleza, y en tres jornadas llegó a un pueblo que está al pie de la sierra, dejando a la mano derecha el camino que había traído, porque aquel va siguiendo por aquellos valles la vía de a Chíncha, y este otro va a Caxamalca derecho; el cual camino se supo que iba hasta Chíncha poblado de buenos pueblos, y viene desde el río de Sant Miguel, hecho de calzada, cercado de ambas partes de tapia, que dos carretas pueden ir por él a la par, y de Chíncha va al Cuzco, y en mucha parte dél van árboles de una parte y otra, puestos a mano para que hagan sombra al camino. Este camino se hizo para el Cuzco viejo, por donde venía a visitar su tierra; y aquellas casas cercadas eran sus aposentos. Algunos de los christianos fueron de parecer que fuese el Gobernador con ellos por aquel camino a Chíncha, porque por el otro camino había una mala sierra de pasar antes de llegar a Caxamalca; y en ella había gente de guerra de Atabaliba; y yendo por allí se les podía seguir algún detrimento. El Gobernador respondió que ya tenía noticia Atabaliba que él iba en su demanda desde que partió del río de Sant Miguel; que si dejasen aquel camino, dirían los indios que no osaban ir a ellos, y tomarían más soberbia de la que tenían; por lo cual y por otras muchas causas, dijo que no se había de dejar el camino comenzado, y ir a do quiera que Atabaliba estuviese, que todos se animasen a hacer como dellos esperaba; que no les pusiese temor la mucha gente que decían que tenía Atabaliba; que aunque los christianos fuesen menos, el socorro de nuestro Señor es suficiente para que ellos desbaratasen a los contrarios y los hacer venir en conocimiento de nuestra fe cathólica; como cada día se ha visto hacer nuestro Señor milagro en otras mayores necesidades, que así lo haría en la presente, pues iban con buena intención de atraer aquellos infieles al conocimiento de la verdad, sin les hacer mal ni daño, sino a los que quisieren contradecirlo y ponerse en armas.

Hecho este razonamiento por el Gobernador, todos dijeron que fuese por el camino que le pareciese que más con venía; que todos le seguirían con mucho ánimo; y al tiempo del efecto verá lo que cada uno hacía. Llegados al pie de la sierra, reposaron un día para dar orden en la subida. Habido su acuerdo el Gobernador con personas experimentadas,

determinó dejar la retaguarda y fardaje, y tomó consigo cuarenta de caballo y sesenta de pie; y los demás dejó con un capitán, y mandóle que fuese en su seguimiento muy concertadamente; y que él le avisaría de lo que hoviese de hacer.

Con este concierto comenzó a subir el Gobernador; los caballeros llevaban sus caballos de diestro, hasta que a mediodía llegaron a una fortaleza cercada, que está encima de una sierra en un mal paso, que con poca gente de christianos se guardaría a una gran hueste, porque era tan agro, que por partes había que subían como por escaleras; y no había otra parte por do subir sino por sólo aquel camino, Subióse este paso sin que alguna gente lo defendiese; esta fortaleza está cercada de piedra, asentada sobre una sierra cercada de peña tajada. Allí paró el Gobernador a descansar y a comer. Es tanto el frío que hace en esta sierra, que, como los caballos venían hechos al calor que en los valles hacía, algunos dellos se resfriaron. De allí fue el Gobernador a dormir a otro pueblo; y hizo mensajero a los que atrás venían, haciéndoles saber que seguramente podían subir aquel paso; que trabajasen por venir a dormir a la fortaleza.

El Gobernador se aposentó aquella noche en aquel pueblo en una casa fuerte, cercada de piedra labrada de cantería, tan ancha la cerca como cualquier fortaleza de España, con sus puertas; que si en esta tierra hoviese los maestros y herramientas de España no pudiera ser mejor labrada la cerca. La gente deste pueblo era alzada, excepto algunas mujeres y pocos indios; de los cuales mandó el Gobernador a un capitán que tomase dos de los más principales, y les preguntase a cada uno por sí de las cosas de aquella tierra y dónde estaba Atabaliba, si esperaba de paz o de guerra. El capitán supo dellos cómo había tres días que Atabaliba era venido a Caxamalca y que tenía consigo mucha gente; que no sabían lo que quería hacer; que siempre habían oído que quería paz con los christianos, y que la gente deste pueblo estaba por Atabaliba. Ya que el sol se quería poner llegó un indio de los que había llevado el indio que fue por mensajero, y dijo que le había enviado el principal indio que iba por mensajero desde cerca de Caxamalca, porque allí había encontrado dos mensajeros de Atabaliba que venían atrás, que otro día llegarían; y que Atabaliba estaba en Caxamalca, y que él no quiso parar hasta ir a hablar a Atabaliba, y que él volvería con la respuesta; y que en el camino no había hallado gente de guerra. Luego el Gobernador hizo saber todo esto por su carta al capitán que había quedado con el fardaje, y que otro día caminaría pequeña jornada por esperalle, y de allí caminaría toda la gente junta. Otro día por la mañana caminó el Gobernador con su gente, subiendo todavía la sierra, y paró en lo alto della en un llano cerca de unos arroyos de agua, para esperar a los que atrás venían.

Los españoles se aposentaron en sus toldos de algodón que traían, haciendo fuegos por se defender del gran frío que en la sierra hacía; que en Castilla en tierra de campos no hace mayor frío que en esta sierra; la cual es rasa de monte, toda llena de una yerba como esparto corto; algunos árboles hay adrados. Las aguas son tan frías, que no se pueden beber sin calentarse. Dende a poco rato que el Gobernador había aquí reposado llegó la retaguarda, y por otra parte los mensajeros que Atabaliba enviaba, los cuales traían diez ovejas. Llegados ante el Gobernador, y hecho su acatamiento, dijeron que Atabaliba enviaba aquellas ovejas para los christianos y para saber el día que llegarían a Caxamalca, para les enviar comida al camino.

El Gobernador los recibió bien, y les dijo que se holgaba con su venida por enviarlos su hermano Atabaliba; que él iría lo más presto que pudiese. Después que hobieron comido y reposado, el Gobernador les preguntó de las cosas de la tierra y de las guerras que tenía Atabaliba. El uno dellos respondió que cinco días había que Atabaliba estaba en Caxamalca para esperar allí al Gobernador, y que no tenía consigo sino poca gente, que la había enviado a dar guerra al Cuzco, su hermano. Preguntóle el Gobernador en particular lo que había pasado en todas aquellas guerras, y cómo comenzó a conquistar. El indio dijo: «mi Señor Atabaliba es hijo del Cuzco vicio, que es ya fallecido, el cual señoreó todas estas tierras; y a éste su hijo Atabaliba dejó por señor de una gran provincia que está delante de Tomipunxa, la cual se dice Guito; y a otro su hijo mayor dejó todas las otras tierras y señorío principal; y por sucesor del señorío se llama Cuzco, como su padre. Y no contento con el señorío que tenía, vino a dar guerra a su hermano Atabaliba, el cual le envió mensajeros rogándole que le dejase pacíficamente en lo que su padre le había dejado por herencia. Y no lo queriendo hacer el Cuzco, mató a sus herederos y a un hermano de los dos que fue con la embajada.

Visto esto por Atabaliba, salió a él con mucha gente de guerra hasta llegar a la provincia de Tumipomba, que era del señorío de su hermano; y por defendérsele la gente, quemó el pueblo principal de aquella provincia y mató toda la gente. Allí le vinieron nuevas que su hermano había entrado en su tierra haciendo guerra, y fue sobre él. Como el Cuzco supo su venida, fuese huyendo a su tierra. Atabaliba fue conquistando las tierras del Cuzco, sin que algún pueblo se le defendiese, porque sabían el castigo que en Tumepomba hizo, y de todas las tierras que señoreaba se rehacía de gente de guerra. Y como llegó a Caxamalca, parecióle la tierra abundosa, y asentó allí para acabar de conquistar toda la otra tierra de su hermano. Y envió con un capitán dos mil hombres de guerra sobre la ciudad donde su hermano reside; y como su hermano tenía mucho número de gente, matóle estos dos mil hombres; y Atabaliba tornó a enviar más gente con dos capitanes, seis meses ha; y de pocos días acá le han venido nuevas destes dos capitanes, que han ganado toda la tierra del Cuzco hasta llegar a su pueblo, y han desbaratado a él y a su gente, y traen presa su persona, y le tomaron mucho oro y plata. El Gobernador dijo al mensajero: «Mucho he holgado de lo que me has dicho, por saber de la victoria de tu señor; porque no contento su hermano con lo que tenía, quería abajar a tu señor del estado en que su padre le había dejado. A los soberbios les acaece como al Cuzco; que no solamente no alcanzan lo que malamente desean, pero aun ellos quedan perdidos en bienes y personas».

Y creyendo el Gobernador que todo lo que este indio había dicho era de parte de Atabaliba, por poner temor a los christianos y dar a entender su poderío y destreza, dijo al mensajero: Bien creo que lo que has dicho es así, porque Atabaliba es gran señor, y tengo nuevas que es buen guerrero; más hágote saber que mi señor el Emperador, que es rey de las Españas y de todas las Indias y Tierra-Firme, y señor de todo el mundo, tiene muchos criados mayores que Atabaliba, y capitanes suyos han vencido y prendido a muy mayores señores que Atabaliba y su hermano y su padre. Y el Emperador me envió a estas tierras a traer a los moradores dellas en conocimiento de Dios y en su obediencia, y con estos pocos christianos que conmigo vienen he yo desbaratado mayores señores que Atabaliba. Si él quisiere mi amistad y recibirme de paz, como otros señores han hecho, yo le seré

buen amigo y le ayudaré en su conquista, y se quedará en su estado; porque yo voy por estas tierras de largo hasta descubrir la otra mar. Y si quisiere guerra, yo se la haré como la he hecho al cacique de la isla de Santiago y al de Túmbez, y a todos los demás que conmigo la han querido; que yo a ninguno hago guerra ni enojo si él no lo busca». Oídas estas cosas por los mensajeros, estuvieron un rato como atónitos, que no hablaron, oyendo que tan pocos españoles hacían tan grandes hechos. Y de ahí a poco dijeron que se querían ir con la respuesta a su señor y decille que los christianos irían presto, porque les enviase refresco al camino. El Gobernador los despidió. Otro día por la mañana tomó el camino todavía por la sierra, y en unos pueblos que en un valle halló fue a dormir aquella noche.

Luego que el Gobernador allí llegó, vino el principal mensajero que Atabaliba había primero enviado con el presente de las fortalezas que vino a Caran por la vía de Caxas. El Gobernador mostró holgarse mucho con él, y le preguntó que tal quedaba Atabaliba; el respondió que bueno, y le enviaba con diez ovejas que traía para los christianos, y habló muy desenvueltamente; en sus razones parecía hombre vivo. Como hubo hecho su razonamiento, preguntó el Gobernador a las lenguas qué decía. Dijeron que lo mismo que había dicho el otro mensajero el día antes, y otras muchas razones alabando el gran estado de su señor, y la gran pujanza de su hueste, y asegurando y certificando al Gobernador que Atabaliba le recibiría de paz y lo quería tener por amigo y hermano. El Gobernador le respondió muy buenas palabras, como al otro había respondido. Este embajador traía servicio de señor y cinco o seis vasos de oro fino, con que bebía; y con ellos daba de beber a los españoles de la chicha que traía, y dijo que el Gobernador se quería ir hasta Caxamalca.

Otro día por la mañana se partió el Gobernador y caminó por sierras como primero, y llegó a unos pueblos de Atabaliba, adonde reposó un día. Otro día vino allí el mensajero que había enviado el Gobernador a Atabaliba, que era un principal indio de la provincia de Sant Miguel; y viendo al mensajero de Atabaliba, que presente estaba, arremetió contra él; y trabóle de las orejas tirando reciamente, hasta que el Gobernador mandó que lo soltase, que dejándolos, hubiera entre ellos mala escaramuza. Preguntóle el Gobernador por qué había hecho aquello al mensajero de su hermano Atabaliba; él dijo: «Este es un gran bellaco, llevador de Atabaliba, y viene aquí a decir mentiras, mostrando ser persona principal; que Atabaliba está de guerra fuera de Caxalmaca en el campo, y tiene mucha gente; que yo hallé el pueblo sin gente; y de ahí fui a las tiendas, y vi que tiene mucha gente y ganado y muchas tiendas; y todos están a punto de guerra. A mí me quisieron matar, si no porque les dije que si me mataban, matarían acá a los embajadores de allá, y que hasta que yo volviese no los dejaría ir; y con esto me dejaron. Y no me quisieron dar de comer, sino que me rescatase. Díjeles que me dejasen ver a Atabaliba, y decirle mi embajada; y no quisieron, diciendo que estaba ayunando y no podía hablar con nadie.

Un tío suyo salió a hablar con migo y yo le dije que yo era tu mensajero y todo lo que más mandaste que yo dijese. Él me preguntó qué gente son los christianos y qué armas traen. Yo le dije que son valientes hombres y muy guerreros; y que traen caballos que corren como viento, y los que van en ellos llevan unas lanzas largas y con ellas matan a

cuantos hallan, porque luego en dos saltos los alcanzan. Y los caballos con los pies y bocas matan muchos. Los christianos que andan a pie dije que son muy sueltos, y traen en un brazo una rodela de madera con que se defienden y jubones fuertes colchados de algodón y unas espadas muy agudas que cortan por ambas partes de cada golpe un hombre por medio, y a una oveja llevan la cabeza, y con ella cortan todas las armas que los indios tienen; y otros traen ballestas que tiran de lejos, que de cada saetada matan un hombre; y tiros de pólvora que tiran pelo tas de fuego que matan mucha gente. Ellos dijeron que todo es nada; que los christianos son pocos y los caballos no traen armas, que luego los matarán con sus lanzas. Yo dije que tienen los cueros duros, que sus lanzas no los podrán pasar, y dijeron que de los tiros de fuego no tienen temor, que no traen los christianos más de dos.

Al tiempo que me quería venir les rogué que me dejasen ver a Atabaliba, pues sus mensajeros ven y hablan al Gobernador, que es mejor que él; y no me quisieron dejar hablar con él, y así me vine. Pues mirad si tengo razón de matar a éste; porque siendo un llevador de Atabaliba (como me han dicho que es), habla contigo y come a tu mesa; y a mí que soy hombre principal, no me quisieron dejar hablar con Atabaliba ni darme de comer. Y con buenas razones me defendí que no me mataron». El mensajero de Atabaliba respondió muy atemorizado de ver que el otro indio hablaba con tanto atrevimiento; y dijo que si no había gente en el pueblo de Caxamalca, era por dejar las casas vacías en que los christianos se aposentasen: y «Atabaliba está en el campo porque así lo tiene de costumbre después que comenzó la guerra, y si no te dejaron hablar con Atabaliba, fue porque ayunaba como tiene de costumbre; y no te lo dejaron ver, porque los días que ayuna está retraído y ninguno le habla en aquel tiempo; y ninguno osaría hacerle saber que tú estabas allí; que si él lo supiera él te hiciera entrar y dar de comer».

Otras muchas razones dijo, asegurando que Atabaliba estaba esperando de paz. Si todos los razonamientos que entre este indio y el Gobernador pasaron se hobiesen de escrebir por extenso, sería hacer gran escritura, y por abreviar va en suma. El Gobernador dijo que bien creía que era así como él decía; porque no tenía menos confianza de su hermano Atabaliba. Y no dejó de le hacer tan buen trata miento de ahí adelante como antes; riñendo con el indio su mensajero, dando a entender que le pesaba porque le había maltratado en su presencia; teniendo en lo secreto por cierto que era verdad lo que su indio había dicho, por el conocimiento que tenía de las cautelosas mañas de los indios.

Otro día partió el Gobernador, y fue a dormir a un llano de cavana por llegar otro día a mediodía a Caxamalca, que decían que estaba cerca. Allí vinieron mensajeros de Atabaliba con comida para los christianos. Otro día en amaneciendo partió el Gobernador con su gente puesta en orden, y anduvo hasta una legua de Caxamalca, donde esperó que se juntase la retaguarda; y toda la gente y caballos se armaron; y el Gobernador los puso en concierto para la entrada del pueblo, y hizo tres haces de los españoles de pie y de caballo. Con esta orden caminó, enviando mensajeros a Atabaliba que viniese allí al pueblo de Caxamalca para verse con él. Y en llegando a la entrada de Caxamalca, vieron estar el real de Atabaliba una legua de Caxamalca, en la halda de una sierra. Llegó el Gobernador a este pueblo de Caxamalca viernes ahora de vísperas, que se contaron quince días de noviembre año de 1532. En medio del pueblo está una plaza grande

cercada de tapias y de casas de aposento, y por no hallar el Gobernador gente, reparó en aquella plaza, y envió un mensajero a Atabaliba haciéndole saber cómo era llegado; que viniese a verse con él y a mostrarle dónde se aposentase. Entre tanto mandó ver el pueblo; porque si hobiese otra mejor fuerza asentase allí el real; y mandó que estuviesen todos en la plaza, y los de caballo sin apearse hasta ver si Atabaliba venía; y visto el pueblo no se hallaron mejores aposentos que la plaza. Este pueblo que es el principal de este valle, está asentado en la halda de una sierra; tiene una legua de tierra llana; pasan por este valle dos ríos; este valle va llano mucha tierra, poblado de una parte y de otra cercado de sierras. Este pueblo es de dos mil vecinos; a la entrada dél hay dos puentes, porque por allí pasan dos ríos. La plaza es mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas que salen a las calles del pueblo. Las casas della son de más de doscientos pasos en largo. Son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados. Las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes. Están dentro destas casas unos aposentos repartidos en ocho cuartos muy mejor hechos que ninguno de los otros. Las paredes dellos son de piedra de cantería muy bien labradas, y cercados estos aposentos por sí con su cerca de cantería y sus puertas, y dentro en los patios sus pilas de agua traída de otra parte por caños para el servicio destas casas. Por la delantera desta plaza a la parte del campo, está incorporada en la plaza una fortaleza de piedra con una escalera de cantería, por donde suben de la plaza a la fortaleza; por la delantera della a la parte del campo, está otra puerta falsa pequeña, con otra escalera angosta, sin, salir de la cerca de la plaza. Sobre este pueblo, en la ladera de la sierra, adonde comienzan las casas dél, está otra fortaleza asentada en un peñol, la mayor parte dél tajado. Esta es mayor que la otra, cercada de tres cercas, hecha subida como caracol. Fuerza son que entre indios no se han visto tales. Entre la sierra y esta plaza grande está otra plaza más pequeña, cercada toda de aposentos; en ellos había muchas mujeres para servicio de Atabaliba. Antes de entrar en este pueblo hay una casa cercada de un corral de tapias, y en él arboleda puesta por mano. Esta casa dicen que es del sol, porque en cada pueblo hacen sus mezquitas al sol. Otras muchas mezquitas hay en este pueblo, y en toda esta tierra las tienen en veneración; cuando entran en ellas se quitan los zapatos a la puerta. La gente de todos estos pueblos después que se subió a la sierra, hace ventaja a toda la otra que queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razón. Y las mujeres muy honestas; traen sobre la ropa las mujeres unas reatas muy labradas, fajadas por la barriga; sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna, que parece mantillo de mujer. Los hombres visten camisetitas sin mangas y unas mantas cubiertas. Todas en sus casas tejen lana y algodón, y hacen la ropa que es menester, y calzado para los hombres, de lana y algodón, hecho como zapatos. Como el Gobernador hubo estado con los españoles gran rato en esta plaza esperando que Atabaliba viniese o enviase darle aposento, y como vio que se hacía ya tarde, envió un capitán con veinte de caballo a hablar a Atabaliba y a decir que viniese a hablar con él al cual mandó que fuese pacíficamente sin trabar contienda con su gente, aunque ellos la quisiesen; que lo mejor que pudiese llegase a hablarle, y volviese con la respuesta. Este capitán llegaría al medio camino cuando el Gobernador subió encima de la fortaleza y delante de las tiendas vio en el campo gran número de gente; y porque los christianos que habían ido, no se viesen en detrimento si les quisiesen ofender, para que pudiesen más a su salvo salirse de entre ellos y defenderse, envió otro capitán hermano suyo con otros veinte de a caballo; al cual mandó que no consintiese que hiciesen ningunas voces. Desde a poco rato comenzó a

llover y caer granizo, y el Gobernador mandó a los christianos que se aposentasen en los aposentos del palacio, y el capitán de la artillería con los tiros en la fortaleza. Estando en esto vino un indio de Atabaliba a decir al Gobernador que se aposentase donde quisiese, con tanto que no se subiese en la fortaleza de la plaza; que él no podía venir por entonces porque ayunaba. El Gobernador le respondió que así lo haría, y que había enviado a su hermano a le rogar que viniese a verse con él, porque tenía mucho deseo de le ver y conocer por las buenas nuevas que dél tenía. Con esta respuesta se volvió este mensajero; y el capitán Hernando Pizarro con los christianos volvió en anocheciendo. Venidos ante el Gobernador, dijeron que en el camino habían hallado un mal paso en una ciénaga que de antes parecía ser hecho de calzada, porque desde este pueblo va todo el camino ancho hecho de calzada de piedra y tierra hasta el real de Atabaliba; y como la calzada iba sobre los malos pasos, la rompieron sobre aquel mal paso, y que lo pasaron por otra parte; y que antes de llegar al real pasaron dos ríos; y por delante pasa un río, y los indios pasan por una puente; y que desta parte está el real cercado de agua, y que el capitán que primero fue dejó la gente desta parte del río, porque la gente no se alborotase; y no quiso pasar por la puente porque no se hundiese su caballo, y pasó por el agua llevando consigo la lengua, y pasó por entre un escuadrón de gente que estaba en pie; y llegado al aposento de Atabaliba, en una plaza había cuatrocientos indios que parecían gente de guarda; y el tirano estaba a la puerta de su aposento sentado en un asiento bajo; y muchos indios delante dél, y mujeres en pie, que cuasi lo rodeaban; y tenía en la frente una borla de lana que parecía seda, de color de carmesí, de anchor de dos manos, asida de la cabeza con sus cordones, que le bajaba hasta los ojos; la cual le hacía mucho más grave de lo que él es. Los ojos puestos entierra, sin los alzar a mirar a ninguna parte; y como el capitán llegó ante él, le dijo por la lengua o faraute que era un capitán del Gobernador, y que le enviaba a lo ver y decir de su parte el mucho deseo que tenía de su vista; que si le pluguiese de le ir a ver se holgaría el Gobernador; y que otras razones le dijo, a las cuales no le respondió, ni alzó la cabeza a le mirar, sino un principal suyo respondía a lo que el capitán hablaba. En esto llegó el otro capitán adonde el primero había dejado la gente y preguntóles por el capitán. Dijéronle que hablaba con el cacique.

Dejando allí la gente, pasó el río, y llegando cerca de donde Atabaliba estaba, dijo el capitán que con él estaba: «Este es un hermano del Gobernador, háblale, que viene a verte.» Entonces alzó los ojos el cacique y dijo: «Mayzabilica, un capitán que tengo en el río de Turicara me envió a decir cómo tratábades mala los caciques, y los echábades en cadenas; y me envió una collera de hierro, y dice que él mató tres christianos y un caballo. Pero yo huelgo de ir mañana a ver al Gobernador y ser amigo de los christianos, porque son buenos». Hernando Pizarro respondió: «Mayzabilica es un bellaco, y a él y a todos los indios de aquel río matara un solo christiano; ¿cómo podía él matar christianos ni caballo, siendo todos ellos unos gallinas? El Gobernador ni los christianos no tratan mal a los caciques si no quieren guerra con él, porque a los buenos que quieren ser sus amigos los trata muy bien, y a los que quieren guerra se la hace hasta destruirlos; y cuando tú vieres lo que hacen los christianos ayudándote en la guerra contra tus enemigos, conocerás cómo Mazaybilibate mintió». Atabaliba dijo: «Un cacique no me ha querido obedecer; mi gente irá con vosotros, y haréisle guerra». Hernando Pizarro respondió: «Para un cacique por mucha gente que tenga, no es menester que vayan tus indios, sino diez christianos a caballo lo destruirán». Atabaliba se rió y dijo que bebiesen;

los capitanes dijeron que ayunaban, por defenderse de beber su brebaje. Importunados por él, lo aceptaron.

Luego vinieron mujeres con vasos de oro, en que traían chicha de maíz. Como Atabaliba las vido, alzó los ojos ellas sin les decir palabra, se fueron presto, y volvieron con otros vasos de oro mayores, y con ellos les dieron a beber. Luego se despidieron, quedando Atabaliba de ir a ver al Gobernador otro día por la mañana. Su real estaba asentado en la falda de una serrezuela; y las tiendas, que eran de algodón, tomaban una legua de largo; en medio estaba la de Atabaliba. Toda la gente estaba fuera de sus tiendas en pie, y las armas hincadas en el campo, que son unas lanzas largas como picas. Parecióles que había en el real más de treinta mil hombres. Cuando el Gobernador supo lo que había pasado mandó que aquella noche hobiese buena guarda en el real, y mandó a su capitán general que requiriese las guardas, y que las rondas anduviesen toda la noche alrededor del real; lo cual así se hizo.

Venido el día sábado, por la mañana llegó al Gobernador un mensajero de Atabaliba y le dijo de su parte: «Mi señor te envía a decir que quiere venir a verte, y traer su gente armada, pues tú enviaste la tuya ayer armada; y que le envíes un christiano con quien venga». El Gobernador respondió: «Di a tu señor que venga en hora buena como quisiere; que de la manera que viniere lo recibiré como amigo y hermano; y que no le envíe christiano porque no se usa entre nosotros enviar lo de un señor a otro». Con esta respuesta se partió el mensajero; el cual en siendo llegado al real, las atalayas vieron venir la gente. Dende a poco rato vino otro mensajero, y dijo al Gobernador: «Atabaliba te envía a decir que no querría traer su gente armada; porque aunque viniesen con él, muchos venían sin armas, porque los quería traer consigo y aposentarlos en este pueblo; y que le aderezasen un aposento de los desta plaza, donde él pose, que sea una casa que se dice de la Sierpe, que tiene dentro una sierpe de piedra». El Gobernador respondió que así se haría; que viniese presto; que tenía deseo de verle. En poco rato vieron venir el campo lleno de gente, reparándose a cada paso, esperando a la que salía del real. Hasta la tarde duró el venir de la gente por el camino; venían repartidos en escuadrones. Pasados todos los malos pasos, asentaron en el campo cerca del real de los christianos, y todavía salía gente del real de los indios.

Luego el Gobernador mandó secretamente a todos los españoles que se armasen en sus posadas y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados, repartidos en tres capitanías sin que ninguno saliese de su posada a la plaza; y mandó al capitán de la artillería que tuviese los tiros asentados hacia el campo de los enemigos, y cuando fuese tiempo les pusiese fuego. En las calles por do entran a la plaza puso gente en celada; y tomó consigo veinte hombres de pie, y con ellos estuvo en su aposento, porque con él tuviesen cargo de prender la persona de Atabaliba si cautelosamente viniese, como parecía que venía, con tanto número de gente como con él venía. Y mandó que fuese tomado a vida; y a todos los demás mandó que ninguno saliese de su posada, aunque viesen entrar a los contrarios en la plaza, hasta que oyesen soltar el artillería. Y que él tenía atalayas, y viendo que venía de ruin arte, avisaría cuando hobiesen de salir; y saldrían todos de sus aposentos, y los de caballo en sus caballos, cuando oyesen decir: «Santiago».

Con este concierto y orden que se ha dicho estuvo el Gobernador esperando que Atabaliba entrase, sin que en la plaza pareciese algún christiano, excepto el atalaya quedaba aviso de lo que pasaba en la hueste. El Gobernador y el Capitán General andaban requiriendo los aposentos de los españoles, viendo cómo estaban apercebidos para salir cuando fuesen menester, diciéndoles a todos que hiciesen de sus corazones fortalezas, pues no tenían otras, ni otro socorro sino el de Dios, que socorre en las mayores necesidades a quien anda en su servicio. Y aunque para cada christiano había quinientos indios, que tuviesen el esfuerzo que los buenos suelen tener en semejantes tiempos, y que esperasen que Dios pelearía por ellos; y que al tiempo del acometer fuesen con mucha furia y tiento, y rompiesen sin que los de caballo se encontrasen unos con otros. Estas y semejantes palabras decían el Gobernador y el Capitán General a los cristianos para los animar: los cuales estaban con voluntad de salir al campo más que de estar en sus posadas. En el ánimo de cada uno parecía que haría por ciento; que muy poco temor les ponía ver tanta gente.

Viendo el Gobernador que el sol se iba a poner, y que Atabaliba no levantaba de donde había reparado, y que todavía venía gente de su real, envióle a decir con un español que entrase en la plaza y viniese a verlo antes que fuese de noche. Como el mensajero fue ante Atabaliba hízole acatamiento, y por señas le dijo que fuese donde el Gobernador estaba. Luego él y su gente comenzaron a andar, y el Español volvió delante, y dijo al Gobernador que ya venía, y que la gente que traía en la delantera traían armas secretas debajo de las camisetas, que eran jubones de algodón fuertes, y talegas de piedras y hondas; y que le parecía que traían ruin intención. Luego la delantera de la gente comenzó a entrar en la plaza; venía delante un escuadrón de indios vestidos de una librea de colores a manera de escaques; éstos venían quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras éstos venían otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando. Luego venía mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre éstos venía Atabaliba en una litera aforrada de pluma de papagayos de muchas colores, guarnecida de chapas de oro y plata.

Traíanle muchos indios sobre los hombros en alto, y tras desta venían otras dos literas y dos hamacas, en que venían otras personas principales.. Luego venía mucha gente en escuadras con coronas de oro y plata. Luego que los primeros entraron en la plaza, apartáronse y dieron lugar a los otros. En llegando Atabaliba en medio de la plaza, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venía y las otras en alto: no cesaba de entrar gente en la plaza. De la delantera salió un capitán, y subió en la fuerza de la plaza, donde estaba el artillería, y alzó dos veces una lanza a manera de seña. El Gobernador, que esto vio, dijo al padre fray Vicente que si quería ir a hablar a Atabaliba con un faraute; él dijo que sí, y fue con una cruz en la mano y con la Biblia en la otra, y entró por entre la gente hasta donde Atabaliba estaba, y le dijo por el faraute: «Yo soy sacerdote de Dios, y enseño a los christianos las cosas de Dios, y asimesmo vengo a enseñar a vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro. Y por tanto, de parte de Dios y de los christianos te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios; y venirte ha bien dello; y ve a hablar al Gobernador, que te está esperando.

Atabaliba dijo que le diese el libro para verle y él se lo dio cerrado; y no acertando Atabaliba a abrirle, el religioso estendió el brazo para lo abrir, y Atabaliba con gran desdén le dio un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mismo a abrirlo, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel como otros indios, lo arrojó cinco o seis pasos de sí. E a las palabras que el religioso había dicho por el faraute respondió con mucha soberbia diciendo: «Bien sé lo que habéis hecho por ese camino, cómo habéis tratado a mis caciques y tomado la ropa de los bohíos». El religioso respondió: «Los christianos no han hecho esto; que unos indios trujeron ropa sin que él lo supiese; y él la mandó volver». Atabaliba dijo: «No partiré de aquí hasta que toda me la traigan». El religioso volvió con la respuesta al Gobernador. Atabaliba se puso en pie encima de las andas, hablando a los suyos que estuviesen apercebidos. El religioso dijo al Gobernador todo lo que había pasado con Atabaliba, y que había echado en tierra la sagrada Escritura. Luego el Gobernador se armó un sayo de armas de algodón, y tomó su espada y adarga, y con los españoles que con él estaban entró por medio de los indios; y con mucho animo, con solos cuatro hombres que le pudieron seguir allegó hasta la litera donde Atabaliba estaba, y sin temor le echó mano del brazo, diciendo: «Santiago».

Luego soltaron los tiros y tocaron las trompetas, y salió la gente de pie y de caballo. Como los indios vieron el tropel de los caballos, huyeron muchos de aquellos que en la plaza estaban; y fue tanta la furia con que huyeron, que rompieron un lienzo de la cerca de la plaza, y muchos cayeron unos sobre otros. Los de caballo salieron por encima dellos hiriendo y matando, y siguieron el alcance. La gente de pie se dio tan buena priesa en los que en la plaza quedaron, que en breve tiempo fueron los más dellos metidos a espada. El Gobernador tenía todavía del brazo a Atabaliba, que no le podía sacar de las andas como estaba en alto. Los españoles hicieron tal matanza en los que tenían las andas, que cayeron en el suelo; y si el Gobernador no defendiera a Atabaliba, allí pagara el soberbio todas las crueldades que había hecho. El Gobernador, por defender a Atabaliba, fue herido de una pequeña herida en la mano. En todo esto no alzó indio armas contra Español; porque fue tanto el espanto que tuvieron de ver entrar al Gobernador entre ellos, y soltar de improviso el artillería y entrar los caballos de tropel, como era cosa que nunca habían visto; con gran turbación procuraban más huir por salvar las vidas que de hacer guerra. Todos los que traían las andas de Atabaliba pareció ser hombres principales, los cuales todos murieron, y también los que venían en las literas y hamacas. El de una litera era su paje y gran señor a quien él mucho estimaba; y los otros eran señores de mucha gente y consejeros suyos. Murió también el cacique señor de Caxamalca. Otros capitanes murieron, que por ser gran número no se hace caso dellos, porque todos los que venían en guarda de Atabaliba eran grandes señores.

El Gobernador se fue a su posada con su prisionero Atabaliba, despojado de sus vestiduras, que los españoles se las habían rompido por quitarle de las andas. Cosa fue maravillosa ver preso en tan breve tiempo a tan gran señor, que tan poderoso venía. El Gobernador mandó luego sacar ropa de la tierra y le hizo vestir; y asentar cerca de sí, aplacándole del enojo y turbación que tenía de verse tan presto caído de su estado. Entre otras muchas palabras, le dijo el Gobernador: «No tengas por afrenta haber sido preso y desbaratado, porque los christianos que yo traigo, aunque son pocos en número, con ellos he sujetado más tierra que la tuya y desbaratado otros mayores señores que tú,

poniéndolos so el señorío del Emperador, cuyo vasallo soy, el cual es señor de España y del universo mundo, y por su mandado venimos a conquistar estas tierras, porque todos vengáis en conocimiento de Dios y de su santa fe cathólica. Y con la buena demanda que traemos permite Dios, criador de cielo y tierra y de todas las cosas criadas: porque le conozcáis y salgáis de la bestialidad y vida diabólica en que vivís, que tan pocos como somos sujetemos tanta multitud de gente. Y cuando hubiedes visto el error en que habéis vivido, conoceréis el beneficio que recibís en haber venido nosotros a esta tierra por mandado de su majestad. Y debes tener a buena ventura que no has sido desbaratado de gente cruel como vosotros sois, que no dais vida a ninguno. Nosotros usamos de piedad con nuestros enemigos vencidos, y no hacemos guerra sino a los que nos la hacen, y pudiéndolos destruir, no lo hacemos, antes los perdonamos; que teniendo yo preso al cacique señor de la isla, lo dejé porque de ahí adelante fuese bueno; y lo mesmo hice con los caciques señores de Túmbez y Chilimasa y con otros, que teniéndolos en mi poder, siendo merecedores de- muerte les perdoné. Y si tú fuiste preso, y tu gente desbaratada y muerta, fue porque venías con tan gran ejército contra nosotros, enviándote a rogar que vinieses de paz. Y echaste en tierra el libro donde estála palabra de Dios, por esto permitió nuestro Señor que fuese abajada tu soberbia, y que ningún indio pudiese ofender al español».

Hecho este razonamiento por el Gobernador, respondió Atabaliba que había sido engañado de sus capitanes, que ledijeron que no hiciese caso de los españoles; que él de pazquería venir, y los suyos no le dejaron, y que todos los que se lo aconsejaron eran muertos; que bienhabía visto la boredad y ánimo de los españoles; y que Mayzabilica mintió en todo lo que envió a decir de los christianos.

Como ya fuese de noche, y viese el Gobernador que no eran recogidos los que habían ido en el alcance, mandó tirar los tiros y tañer las trompetas porque se recogiesen. Dende a poco rato entraron todos en el real con gran presa de gente que habían tomado a vida, en que había más de tres mil personas. El Gobernador les preguntó si venían todos buenos. Su capitán general, que con ellos venía, respondió que sólo un caballo tenía una pequeña herida. El Gobernador dijo con mucha alegría: «Doy muchas gracias a Dios nuestro Señor, y todos, señores, las debemos dar, por tan gran milagro como en este día por nosotros ha hecho. Y verdaderamente podernos creer que sin especial socorro suyo no fuéramos parte para entrar en esta tierra, cuanto más para vencer una tan gran hueste. Plega a Dios por su misericordia, que pues tiene por bien de nos hacer tantas mercedes, nos dé gracia para hacer tales obras, que alcancemos su santo reino. Y porque señores, vernéis fatigados, vayase cada uno a reposar a su posada, y porque Dios nos ha dado victoria no nos descuidemos; que, aunque van desbaratados, son mañosos y diestros en la guerra, y este señor (como sabemos) es temido y obedecido, y ellos intentarán toda ruindad y cautela para sacarlo de nuestro poder. Esta noche y todas las demás haya buena guarda de velas y ronda, de manera que nos hallen apercebidos».

Así, se fueron a cenar, y el Gobernador hizo asentar a su mesa a Atabaliba haciéndole buen tratamiento, y sirviéronle como a su mesma persona; y luego le mandó dar de sus mujeres que fueron presas las que él quiso para su servicio, y mandóle hacer una buena cama en la cámara que el mismo Gobernador dormía, teniéndole suelto sin prisión, sino

las guardas que velaban. La batalla duró poco más de media hora, porque ya era puesto el sol cuando se comenzó. Y si la noche no la atajara de más de treinta mil hombres que vinieron quedaran pocos. Es opinión de algunos que han visto gente en campo que había más de cuarenta mil en la plaza y en el campo, quedaron muertos dos mil sin los heridos.

Vióse en esta batalla una cosa maravillosa, y es que los caballos, que el día antes no se podían mover de resfriados, aquel día anduvieron con tanta furia, qué parecía no haber tenido mal. El Capitán General requirió aquella noche las velas y rondas, poniéndolas en conveniente lugar. Otro día por la mañana envió el Gobernador a un capitán con treinta de a caballo a correr por todo el campo, y mandó quebrar las armas de los indios; entre tanto la gente del real hicieron sacar a los indios que fueron presos los muertos de las plazas. El capitán con los de caballo recogió todo lo que había en el campo y tiendas de Atabaliba, y entró antes de mediodía en el real con una cabalgada de hombres y mujeres, y ovejas y oro y plata y ropa; en esta cabalgada hubo ochenta mil pesos y siete mil marcos de plata y catorce esmeraldas; el oro y plata en piezas monstruosas y platos grandes y pequeños, y cántaros y ollas y braseros y copones grandes, y otras piezas diversas. Atabaliba dijo que todo esto era vajilla de su servicio, y que sus indios que habían huido habían llevado otra mucha cantidad.

El Gobernador mandó que soltasen todas las ovejas, porque era mucha cantidad y embarazaban el real, y que los christianos matasen cada día cuantas hobiesen menester. Los indios que la noche antes habían recogido mandó el Gobernador poner en la plaza para que los cristianos tomasen los que hobiesen menester para su servicio. Todos los demás mandó soltar y que se fuesen a sus casas, porque eran de diversas provincias, que los traía Atabaliba para sostener sus guerras y paraservicio de su ejército. Algunos fueron de opinión que matasen todos los hombres de guerra o les cortasen las manos. El Gobernador no lo consintió, diciendo que no era bien hacer tan grande crueldad; que aunque es grande el poder de Atabaliba y podía recoger gran número de gente, que mucho sin comparación es mayor el poder de Dios nuestro Señor, que por su infinita bondad ayuda a los suyos. Y que tuviesen por cierto que el que los había librado del peligro del día pasado los libraría de ahí adelante, siendo las intenciones de los cristianos buenas, de atraer aquellos bárbaros infieles al servicio de Dios y conocimiento de su santa fe cathólica. Que no quisiesen parecer a ellos en las crueldades y sacrificios que hacen a los que prenden en sus guerras; que bien bastaban los que eran muertos en la batalla; que aquellos que habían sido traídos como ovejas a corral, que no era bien que muriesen ni se les hiciese daño; así fueron sueltos.

En este pueblo de Caxamalca fueron halladas ciertas casas llenas de ropa liada en fardos arrimados hasta los techos de las casas. Dicen que era depósito para bastecer el ejército. Los christianos tomaron la que quisieron, y todavía quedaron las casas tan llenas, que parecía no haber hecho falta la que fue tornada. La ropa es la mejor que en las indias se ha visto; la mayor parte della es de lana muy delgada y prima, y otra de algodón de diversas colores y bien matizadas. Las armas que se hallaron con que hacen la guerra y su manera de pelear es la siguiente. En la delantera vienen honderos que tiran con hondas piedras guijeñas lisas y hechas a mano, de hechura de huevos; estos honderos traen rodela que ellos mismos hacen de tablillas angostas y muy fuertes; asimesmo traen

jubones colchados de algodón- tras destes vienen otros con porras y hachas de armas; las porras son de braza y media de largo, y tan gruesas como una lanza jineta; la porra que está al cabo engastonada es de metal tan grande como el puño, con cinco o seis puntas agudas, tan gruesa cada punta como el dedo pulgar; juegan con ellas a dos manos; las hachas son del mismo tamaño y con ellas a dos manos; de un palmo como mayores; la cuchilla de metal de anchor de un palmo como la alabarda.

Algunas hachas y porras hay de oro y plata, que traen los principales; tras estos vienen otros con lanzas pequeñas arrojadizas, como dardos; en la retaguarda vienen piqueros con lanzas largas de treinta palmos; en el brazo izquierdo traen una manga con mucho algodón, sobre el que juegan con la porra. Todos vienen repartidos en sus escuadras con sus banderas y capitanes que los mandan, con tanto concierto como turcos. Algunos dellos traen Capacetes grandes, que les cubren hasta los ojos, hechos de madera, y en ellos mucho algodón, que de hieiro no pueden ser más fuertes. Esta gente, que Atabaliba tenía en su ejército, eran todos hombres muy diestros y ejercitados en la guerra, como aquellos que siempre andan en ella; mancebos e grandes de cuerpo; que solos mil dellos bastan para asolar una población de aquella tierra, aunque tenga veinte mil hombres. La casa de aposento de Atabaliba, que en medio de su real tenía, es la mejor que entre indios se ha visto, aunque pequeña hecha en cuatro cuartos; y en medio un patio, y en él un estanque, al cual viene agua por un caño, tan caliente, que no se puede sufrir la mano en ella. Esta agua nasce hirviendo en una sierra que está cerca de allí. Otra tanta agua fría viene por otro caño, y en el camino se juntan y vienen mezcladas por un solo caño al estanque; y cuando quieren que venga la una sola, tienen el caño de la otra. El estanque es grande, hecho de piedra. Fuera de la casa a una parte del corral, está otro estanque, no también hecho como éste; tiene sus escaleras de piedra, por do bajan a lavarse. El aposento donde Atabaliba estaba entredía es un corredor sobre un huerto, y junto está una cámara, donde dormía, con una ventana sobre el patio y estanque, y el corredor asimesmo sale sobre el patio; las paredes están enjalbegadas de un betumen bermejo, mejor que almagre, que luce mucho; y la madera sobre que cae la cobija de la casa está teñida de la misma color. Otro cuarto frontero es de cuatro bóvedas, redondas como campanas, todas cuatro encorporadas en una; este es encalado, blanco como nieve. Los otros dos son casa de servicio. Por la delantera deste aposento pasa un río.

Ya se ha dicho de la victoria que los christianos hobieron en la batalla y prisión de Atabaliba, y de la manera de su real y ejército. Agora se dirá del padre deste Atabaliba, y cómo se hizo señor, y otras cosas de su grandeza y estado, según que él mesmo lo contó al Gobernador. Su padre deste Atabaliba se llamó el Cuzco, que señoreó toda aquella tierra; de más de trescientas leguas le obedecían y daban tributo. Fue natural de una provincia más atrás de Guito, y como hallase aquella tierra donde estaba apacible y abundosa y rica, asentó en ella; y puso nombre a una gran ciudad donde él estaba, la ciudad del Cuzco. Era tan temido y obedescido, que lo tuvieron casi por su dios, y en muchos pueblos le tenían hecho de bulto. Tuvo cien hijos y hijas, y los más son vivos; ocho años ha que murió; dejó por su heredero a un hijo suyo llamado así como él. Éste era hijo de su mujer legítima. Llamam mujer legítima a la más principal, a quien más quiere el marido; éste era mayor de días que Atabaliba.

El Cuzco viejo dejó por señor de la provincia de Guito, apartada del otro señorío principal, a Atabaliba, y el cuerpo del Cuzco está en la provincia de Guito donde murió, y la cabeza llevaron a la ciudad del Cuzco, y lo tienen en mucha veneración, con mucha riqueza de oro y plata; que la casa donde está es el suelo y paredes y techo todo chapado de oro y plata, entretejido uno con otro; y en esta ciudad hay otras veinte casas las paredes chapadas de una hoja delgada de oro por de dentro y por de fuera. Esta ciudad tiene muy ricos edificios; en ella tenía el Cuzco su tesoro, que eran tres bohíos llenos de piezas de oro y cinco de plata, y cien mil tejuelos de oro que habían sacado de las minas; cada tejuelo pesa cincuenta castellanos; esto había habido del tributo de las tierras que había señoreado.

Adelante desta ciudad hay otra llamada Collao, donde hay un río que tiene mucha cantidad de oro. Camino de diez jornadas desta provincia de Caxamalca, en otra provincia que se dice Guaneso, hay otro río tan rico como éste. En todas estas provincias hay muy ricas minas de oro y plata. La plata sacan en la sierra con poco trabajo, que un indio saca en un día cinco o seis marcos, la cual sacan envuelta con plomo y estaño y piedra zufre, y después la apuran, y para sacarla pegan fuego a la sierra; y como se enciende la piedra zufre, cae la plata a pedazos; y en Guito y Chíncha hay las mejores minas. De aquí a la ciudad del Cuzco hay cuarenta jornadas de indios cargados, y la tierra es bien poblada. Chíncha está al medio camino, que es gran población. En toda esta tierra hay mucho ganado de ovejas; muchas se hacen monteses por no poder sostener tantas como se crían.

Entre los españoles que con el Gobernador están se matan cada día ciento y cincuenta, y parece que ninguna falta hace ni haría en este valle aunque estuviesen un año en él. Los indios generalmente las comen en toda esta tierra. Asimismo dijo Atabaliba que después de la muerte de su padre, él y su hermano estuvieron en paz siete años cada uno en la tierra que les dejó su padre; y podrá haber un año poco más, que su hermano el Cuzco se levantó contra él con voluntad de tomarle su señorío; y después le envió a rogar a Atabaliba que no le hiciese guerra, sino que se contentase con lo que su padre le había dejado. Y el Cuzco no lo quiso hacer, y Atabaliba salió de su tierra, que se dice Guito, con la más gente de guerra que pudo; y vino a Tomepomba, donde hubo con su hermano una batalla, y mató Atabaliba más de mil hombres de la gente del Cuzco; y lo hizo volver huyendo; y porque el pueblo Tomepomba se le puso en defensa, lo abrasó y mató toda la gente dél, y quería asolar todos los pueblos de aquella comarca, y dejólo de hacer por seguir a su hermano; y el Cuzco se fue a su tierra huyendo; y Atabaliba vino conquistando toda aquella tierra; y todos los pueblos se le daban, sabiendo la grandísima destrucción que había hecho en Tomepomba. Seis meses había que Atabaliba había enviado dos pajes suyos, muy valientes hombres, el uno llamado Quisquis, y el otro Chaliachin, los cuales fueron con cuarenta mil hombres sobre la ciudad de su hermano, y fueron ganando toda la tierra hasta aquella ciudad donde el Cuzco estaba, y se la tomaron, y mataron mucha gente, y prendieron su persona y le tomaron todo el tesoro de su padre; y luego lo hicieron saber a Atabaliba; y mandó que se lo enviasen preso, y tiene nueva que llegarán presto con el y con mucho tesoro; y los capitanes se quedaron en aquella ciudad que habían conquistado, por guardar la ciudad y el tesoro que en ella había, y tenían diez mil hombres de guarnición, de los cuarenta mil que llevaron, y los

otros treinta mil hombres fueron a descansar a sus casas con el despojo que habían habido; y todo lo que su hermano el Cuzco poseía tenía Atabaliba subjectado.

Atabaliba y estos sus capitanes generales andaban en andas, y después que la guerra comenzó han muerto mucha gente. Y Atabaliba ha hecho muchas crueldades en los contrarios, y tiene consigo a todos los caciques de los pueblos que ha conquistado, y tiene puestos gobernadores en todos los pueblos, porque de otra manera no podría tener tan pacífica y subjecta la tierra como lo ha tenido; y con esto ha sido muy temido y obedecido, y su gente de guerra muy servida de los naturales, y dél muy bien tratada. Atabaliba tenía pensamiento, si no le acaesciera ser preso, de irse a descansar a su tierra, y de camino acabar de asolar todos los pueblos de aquella comarca de Tumepomba, que se le habían puesto en defensa, y poblalla de nuevo de su gente; y que le enviasen sus capitanes, de la gente del Cuzco que han conquistado, cuatro mil hombres casados para poblar a Tumepomba. También dijo Atabaliba que entregaría al Gobernador a su hermano, al cual sus capitanes enviaban preso de la ciudad, para que hiciese dél lo que quisiese. Y porque Atabaliba temía que a él mismo matarían los españoles, dijo al Gobernador que daría para los españoles que le habían prendido mucha cantidad de oro y plata; el Gobernador le preguntó qué tanto daría y en qué término. Atabaliba dijo que daría de oro una sala que tiene veinte y dos pies en largo y diez y siete en ancho, llena hasta una raya blanca, que está a la mitad del altor de la sala, que será lo que dijo de altura de estado y medio, y dijo que hasta allí henchiría la sala de diversas piezas de oro, cántaros, ollas y tejuelos, y otras piezas, y que de plata daría todo bohío dos veces lleno, y que esto cumpliría dentro de dos meses. El Gobernador le dijo que despachase mensajeros por ello, y que cumpliendo lo que decía no tuviese ningún temor. Luego despachó Atabaliba mensajeros a sus capitanes, que estaban en la ciudad del Cuzco, que te enviasen dos mil indios cargados de oro y muchos de plata, esto sin lo que venía camino con su hermano, que traían preso. El Gobernador le preguntó que qué tanto tardarían sus mensajeros en ir a la ciudad del Cuzco. Atabaliba dijo que cuando envía con priesa a hacer saber alguna cosa, corren por postas de pueblo en pueblo, y llega la nueva en cinco días, y que yendo todo el camino los que él enviaba con el mensaje, aunque sean hombres sueltos, tardan quince días en ir. También le preguntó el Gobernador que porqué había mandado matar a algunos indios que habían hallado muertos en su real los cristianos que recogieron el campo. Atabaliba dijo que el día que el Gobernador envió a su hermano Hernando Pizarro a su real para hablar con él, que uno de los christianos arremetió el caballo, y aquellos que estaban muertos se habían retraído, y por eso los mandó matar.

Atabaliba era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso, el rostro grande hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad como gran señor, Hacía muy vivos razonamientos, que entendidos por los españoles, conocían ser hombre sabio; era hombre alegre, aunque crudo. Hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría. Entre otras cosas, dijo Atabaliba al Gobernador que diez jornadas de Caxamalca, camino del Cuzco, está en un pueblo una mezquita que tienen todos los moradores de aquella tierra por su templo general; en la cual todos ofrecen oro y plata. Y su padre ta tuvo en mucha veneración, y el asimesmo; la cual mezquita dijo Atabaliba que tenía mucha riqueza; porque, aunque en cada pueblo hay

mezquita donde tienen sus ídolos particulares en que ellos adoran, en aquella mezquita estaba el general ídolo de todos ellos; y que por guarda de aquella mezquita estaba un gran sabio, el cual los indios creían que sabía las cosas por venir, porque hablaba con aquel ídolo y se las decía.

Oídas estas palabras por el Gobernador (aunque antes tenía noticia desta mezquita), dió a entender a Atabaliba cómo todos aquellos ídolos son vanidad, y el que en ellos habla es el diablo, que los engaña por los llevar a perdición, como ha llevado a todos los que en tal creencia han vivido y fenescido; y diole a entender que Dios es uno solo, criador del cielo y tierra y de todas las cosas visibles e invisibles, en el cual los christianos creen, y a éste solo debernos tener por Dios y hacer lo que manda, y recibir agua de bautismo; y a los que así lo hicieron llevará a su reino, y los otros irán a las penas infernales, donde para siempre están ardiendo todos los que carecieron deste conocimiento, que han servido al diablo haciéndole sacrificios y ofrendas y mezquitas. Todo lo cual de aquí adelante ha de cesar, porque a esto le envía el Emperador, que es rey y señor de los christianos y de todos ellos, y por vivir como han vivido, sin conocer a Dios, permitió que con tan gran poder de gente como tenía, fuese desbaratado y preso de tan pocos christianos. Que mirase cuán poca ayuda le había hecho su dios, por donde conocería que es el diablo que los engaña. Atabaliba dijo que, como hasta entonces no habían visto christianos él ni sus antepasados, no supieron esto; y que él había vivido como ellos; y más dijo Atabaliba, que estaba espantado de lo que el Gobernador le había dicho, que bien conocía que aquel que hablaba en su ídolo no es dios verdadero, pues tan poco le ayudó.

Como el Gobernador y los españoles hubieron descansado del trabajo del camino y de la batalla, luego envió mensajeros al pueblo de Sant Miguel, haciendo saber a los vecinos lo que le había acaescido, y por saber dellos cómo les iba, y si habían venido algunos navíos; de lo cual mandó que le avisasen. Y mandó hacer en la plaza de Caxamalca una iglesia donde se celebrase el santísimo sacramento de la misa, y mandó derribar la cerca de la plaza, porque era baja y mandó hacer otra más alta. En cuatro días fue hecha de tapias de altura de dos estados, de largura de quinientos y cincuenta pasos. Otras cosas mandó hacer para guarda del real. Cada día se informaba si se hacía algún ayuntamiento de gente, y de las otras cosas que en la tierra pasaban. Sabido por los caciques desta provincia la venida del Gobernador y la prisión de Atabaliba, muchos dellos vinieron de paz a ver al Gobernador. Algunos destes caciques eran señores de treinta mil indios, todos sujetos a Atabaliba, y como ante él llegaban, le hacían gran acatamiento besándole los pies y las manos. Él los recibía sin mirallos.

Cosa extraña es decir la gravedad de Atabaliba, y la mucha obediencia que todos le tenían. Cada día le traían muchos presentes de toda la tierra. Así preso como estaba, tenía estado de señor y estaba muy alegre; verdad es que el Gobernador le hacía muy buen tratamiento, aunque algunas veces le dijo que algunos indios habían dicho a los españoles cómo hacía ayuntar gente de guerra en Guamachuco y en otras partes. Atabaliba respondía que en toda aquella tierra no había quien se moviese sin su licencia; que tuviese por cierto que si gente de guerra viniese, que él la mandaba venir, y que entonces hiciese dél lo que quisiese, pues lo tenía en su prisión. Muchas cosas dijeron los indios que fueron mentira, aunque los christianos tenían alteración. Entre muchos mensajeros

que venían a Atabaliba, le vino uno de los que traían preso a su hermano, a decille que cuando sus capitanes supieron su prisión habían ya muerto al Cuzco. Sabido esto por el Gobernador, mostró que le pesaba mucho; y dijo que no le habían muerto, que lo trujesen luego vivo, y si no, que él mandaría matar a Atabaliba. Atabaliba afirmaba que sus capitanes lo habían muerto sin saberlo él. El Gobernador se informó de los mensajeros, y supo que lo habían muerto.

Pasadas estas cosas, desde algunos días vino gente de Atabaliba y un hermano suyo que venía del Cuzco, y trújole unas hermanas y mujeres de Atabaliba, y trujo muchas vasijas de oro, cántaros y ollas y otras piezas, y mucha plata, y dijo que por el camino venía más; que, como es tan larga la jornada, cansan los indios que lo traen y no pueden llegar tan ahína; que cada día entrará más oro y plata de lo que queda más atrás. Y así, entran algunos días veinte mil, y otras veces treinta mil, y otras cincuenta, y otras sesenta mil pesos de oro en cántaros y ollas grandes de tres arrobas y de a dos, y cántaros y ollas grandes de plata, y otras muchas vasijas. Todo lo manda poner el Gobernador en una casa donde Atabaliba tiene sus guardas, hasta tanto que con ello y con lo que ha de venir cumpla lo que ha prometido. Veinte días eran pasados de diciembre del sobredicho año, cuando llegaron a este pueblo ciertos indios mensajeros del pueblo de Sant Miguel con una carta en que hacían saber al Gobernador cómo habían arribado a esta costa, a un puerto que se dice Cancebi, junto con Quaque, seis navíos en que venían ciento y cincuenta españoles y ochenta y cuatro caballos; los tres navíos mayores venían de Panamá, en que venía el capitán Diego de Almagro con ciento y veinte hombres, y las otras tres carabelas venían de Nicoragua con treinta hombres, y que venían a esta gobernación con voluntad de servir en ella; y que desde Cancebi, como hobieron echado la gente y los caballos para venir por tierra, se adelantó un navío a saber dónde estaba el Gobernador, y llegó hasta Túmbez, y el cacique de aquella provincia no le quiso dar razón dél ni mostralle la carta que el Gobernador le dejó para dar a los navíos que por allí viniesen. Y este navío se volvió sin llevar nueva del Gobernador, y otro que tras él había salido siguió la costa adelante hasta que llegó al puerto de Sant Miguel donde desembarcó el maestre y fue al pueblo, en el cual hubo mucha alegría con la venida de aquella gente. Y luego se volvió el maestre con las cartas que el Gobernador había enviado a los del pueblo, en que les hacía saber la victoria que Dios había dado a él y a su gente, y la mucha riqueza de la tierra. El Gobernador y todos los que con él estaban hobieron mucho placer con la venida destos navíos. Luego despachó el Gobernador sus mensajeros, escribiendo al capitán Diego de Almagro y algunas personas de las que con él venían, haciéndoles saber cuánto holgaba con su venida, y que, llegados al pueblo de Sant Miguel (porque no le pusiesen en necesidad) se saliesen luego dél, y se fuesen a los caciques comarcanos que están en el camino de Caxamalca, porque tienen mucha abundancia de mantenimientos; y que él proveería de hundir oro para pagar el flete de los navíos, porque se volviesen luego.

Como de cada día venían caciques al Gobernador, vinieron entre ellos dos caciques que se dicen de los ladrones, porque su gente saltea a todos los que pasan por su tierra; éstos están camino del Cuzco. Pasados sesenta días de la prisión de Atabaliba, un cacique del pueblo donde está la mezquita, y el guardián della, llegaron ante el Gobernador, el cual preguntó a Atabaliba que quién eran; dijo que el uno era señor del pueblo de la mezquita

y el otro guardián della, y que se holgaba con su venida, porque pagaría las mentiras que le había dicho; y pidió una cadena para echar al guardián porque le había aconsejado que tuviese guerra con los christianos, que el ídolo le había dicho que los mataría a todos; y también dijo a su padre el Cuzco, cuando estaba a la muerte, que no moriría de aquella enfermedad. El Gobernador mandó traer la cadena, y Atabaliba se la echó diciendo que no se la quitasen hasta que hiciese traer todo el oro de la mezquita; y dijo Atabaliba que lo quería dar a los christianos, pues que su ídolo es mentiroso; y dijo al guardián: «Yo quiero agora ver si te quitará esta cadena ese que dices que es tu dios.»

El Gobernador y el cacique que vino con el guardián despacharon sus mensajeros para que trujesen el oro de la mezquita y lo que el cacique tenía, y dijeron que volverían dende en cincuenta días. Con todo esto, sabido por el Gobernador que se ayuntaba gente en la tierra y que había gente de guerra en Guamachuco, envió el Gobernador a Hernando Pizarro con veinte de caballo y algunos de pie a Guamachuco, que está tres jornadas de Caxamalca, para saber qué se hacía, y para que hiciese venir el oro y plata que estaba en Guamachuco. El capitán Hernando Pizarro se partió de Caxamalca víspera de los Reyes del año de mil quinientos treynta y tres. Quince días después llegaron a Caxamalca ciertos christianos con mucha cantidad de oro y plata, en que vinieron más de trescientas cargas de oro y plata en cántaros y ollas grandes y otras diversas piezas. Todo lo mandó el Gobernador poner con lo que primero habían traído, en una casa donde Atabaliba tenía puestas guardas, diciendo que él lo quería tener a recaudo, pues había de cumplir lo que había prometido, para que venido todo lo entregase junto; y todo porque a mejor recaudo estuviese puso el Gobernador christianos que lo guardasen de día y de noche; y al tiempo que se mete en la casa lo cuentan todo por piezas porque no haya fraude.

Con este oro y plata vino un hermano de Atabaliba, y dijo que en Xauxa quedaba mayor cantidad de oro, lo cual traían y a por el camino, y venía con ello uno de los capitanes de Atabaliba, llamado Chilicuchima. Hernando Pizarro escribió al Gobernador que él se había informado de las cosas de la tierra; y que no había nueva de ayuntamiento de gente ni de otra cosa, sino que el oro estaba en Xauxa, y con ello un capitán, y que te hiciese saber qué mandaba que hiciese; si mandaba que pasase adelante, porque hasta ver su respuesta no se partiría de allí. El Gobernador respondió que llegase a la mezquita, porque tenia preso al guardián delta, y Atabaliba había mandado traer el tesoro que en ella estaba, y que despachase presto de traer todo el oro que en la mezquita hallase, y que le escribiese de cada pueblo lo que te sucediese por el camino; y así lo hizo. Viendo el Gobernador la dilación que había en el traer del oro, envió tres christianos para que hiciesen venir el oro que estaba en Jauja y para que viesen el pueblo del Cuzco, y dio poder a uno dellos para que en su lugar, en nombre de su majestad, tomase posesión del pueblo del Cuzco y de sus comarcas ante un escribano público que con ellos iba; y con ellos envió a un hermano de Atabaliba. Y mandóles que no hiciesen mal a los naturales ni les tomasen oro ni otra cosa con-tra su voluntad, ni hiciesen más de lo que quisiese aquel principal que con ellos iba, porque no los matasen, y que procurasen de ver el pueblo del Cuzco, y de todo trujesen relación. Los cuales se partieron de Caxamalca a quince días de hebrero del año sobredicho.

El capitán Diego de Almagro llegó a este pueblo con alguna gente, y entraron en Caxamalca víspera de Pascua Florida, a catorce de abril del dicho año; el cual fue bien recibido del Gobernador y de los que con él estaban. Un negro que partió con los cristianos que fueron al Cuzco volvió a veinte y ocho de abril con ciento y siete cargas de oro y siete de plata; este negro volvió desde Xauxa, donde hallaron los indios que venían con el oro, y los otros christianos se fueron al Cuzco; y dijo este negro que venía el capitán Hernando Pizarro muy presto, que era ido a Jauja a verse con Chilicuchima. El Gobernador mandó poner este oro con lo otro, y contáronse todas las piezas.

A veinte y cinco días del mes de mayo entró en este pueblo de Caxamalca el capitán Hernando Pizarro con todos los christianos que llevó y con el capitán Chilicuchima. Fuele hecho muy bien recibimiento por el Gobernador y por los que con él estaban. Trujo de la mezquita veinte y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata, y dio al Gobernador la relación que Miguel Estete, veedor (que con él fue en el viaje), hizo; la cual es la siguiente: Verdadera relación de la conquista del Perú Francisco de Xerez

Verdadera relación de la conquista del Perú

Francisco de Xerez

La relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro por mandado del señor Gobernador, su hermano, desde el pueblo de Caxamalca a Parcama y de allí a Jauja.

Miércoles, día de la Epifanía (que se dice vulgarmente la fiesta de los tres Reyes Magos), a cinco de enero del año mil quinientos y treynta y tres, partió el capitán Hernando Pizarro del pueblo de Caxamalca con veinte de caballo y ciertos escopeteros; y el mesmo día fue a dormir a unas caserías que están cinco leguas deste pueblo. Otro día fue a comer a otro pueblo que se dice Ichoca, donde fue bien recibido y le dieron lo que fue menester para él y para su gente. Aquel día fue a dormir a otro pueblo pequeño que se dice Guancasanga, subjecto del pueblo de Guamachuco. Otro día de mañana llegó al pueblo de Guamachuco, el cuales grande y está en un valle entre sierras; tiene buena vista y aposentos; el señor dél se llama Guamanchoro, del cual el capitán y los que con él iban fueron bien recibidos. Allí vino un hermano de Atabaliba que venía de dar priesa a que viniese el oro del Cuzco; dél supo el capitán que veinte jornadas de allí venía el capitán Chilicuchima y traía toda la cantidad que Atabaliba había mandado. Visto que el oro venía tan lejos, el capitán hizo mensajero al Gobernador para saber lo que mandaba que hiciese, que él no pasaría de allí hasta ver su respuesta. En este pueblo se informó de algunos indios si venía tan lejos Chilicuchima; y apremiando a algunos principales, le dijeron que Chilicuchima quedaba siete leguas de allí en el pueblo de Andamarca, con veinte mil hombres de guerra, y que venía a matar a los christianos y a libertar a su señor; y el que esto confesó dijo que había comido el día antes con él. Tomado aparte otro compañero deste principal, dijo lo mesmo. Visto estopor el capitán, determinó de ir a verse con Chilicuchima; y ordenada su gente tomó el camino en la mano; y aquel día fue a dormir a un pueblo pequeño que se dice Tambo subjecto de Guamachuco, y allí se tornó a informar; y a todo cuantos indios preguntaba decían lo mesmo que los primeros.

En este pueblo hubo buena guarda toda la noche, y otro día por la mañana continuó su camino con mucho concierto; y antes de mediodía llegó al pueblo de Andamarca, y no halló al capitán ni nuevas dél, más que de la que primero el hermano de Atabaliba había dado, que estaba en un pueblo que se dice Xanca con mucho oro y que venía de camino. En este pueblo de Andamarca lo alcanzó la respuesta del señor Gobernador, en que decía que, pues tenía noticia que Chilicuchima y el oro venían tan lejos, que ya sabía que él tenía en su poder al obispo de la mezquita de Pachacama, y el mucho oro que había mandado; que se informase del camino que había para ir allá, y que si le parecía que sería bueno ir allá por ello, que fuese porque entretanto llegaría lo que venía del Cuzco. El capitán se informó del camino y jornadas que había hasta la mezquita; y aunque la gente que llevaba iba mal aderezada de herraje y de otras cosas necesarias para tan largo camino, visto el servicio que a su majestad se hacía en ir por aquel oro, porque los indios no lo alzasen, y también por ver qué tierra era, y si era dispuesta para poblar en ella christianos.

Aunque tuvo noticia que había en ella muchos ríos y puentes de redes, y largo camino y malos pasos determinó de ir; y llevó algunos principales que habían estado en aquella tierra; y así comenzó su camino a catorce de enero (186); y el mismo día pasó algunos malos pasos y dos ríos; y fue a dormir a un pueblo que se dice Totopamba, que está en una ladera. De los indios fue bien recibido, y dieron bien de comer y todo lo que fue menester para aquella noche e indios para las cargas. Otro día salió deste pueblo, y fue a dormir a otro pequeño que se dice Corongo; al medio camino está un gran puerto de nieve. Y por todo el camino mucha cantidad de ganados con sus pastores que lo guardan; y tienen sus casas en las sierras al modo de España. En este pueblo dieron comida y todo lo que fue menester y indios para las cargas. Este pueblo es sujeto de Guamachoro. Otro día partió deste pueblo y fue a dormir a otro pequeño que se dice Piga. No se halló en él gente que se ausentaron de miedo.

Esta jornada fue muy mata, porque había una bajada de escaleras hechas de piedra muy agra y peligrosa para los caballos. Otro día a hora de comer llegó a un pueblo grande que está en un valle; en medio del camino hay un río grande muy furioso; tiene dos puentes juntas hechas de red, desta manera, que sacan un gran cimientto desde el agua, y lo suben bien alto; y de una parte del río a otra hay unas maromas hechas de bejucos a manera de bimbres, tan gruesas como el muslo; y tiénelas atadas con grandes piedras, y de la una a la otra hay anchor de una carreta; y atraviesan recios cordeles muy tejidos y por debajo ponen unas piedras grandes para que apesgue la puente. Por la una destas pasa la gente común, y tiene su portero que pide portazgo, y por la otra pasan los señores y sus capitanes. Esta está siempre cerrada, y abriéronla para que pasase el capitán y su gente; y los caballos pasaron muy bien. En este pueblo descansó el capitán dos días, porque la gente y los caballos iban fatigados del mal camino. En este pueblo fueron los christianos muy bien recibidos y servidos de comida y de todo lo que fue menester. Llámase el señor deste pueblo Pumapaecha. El día siguiente se partió el capitán deste pueblo, y fue a comer a un pueblo pequeño donde dieron todo lo necesario; y junto a este pueblo se pasó otra puente de red como la otra; y fue a dormir dos leguas de allí a otro pueblo donde le salieron a recibir de paz, y dieron comida para los christianos y indios que llevasen las

cargas. Esta jornada fue por un valle abajo de maizales y pueblos pequeños de una parte y otra del camino. Otro día domingo partió deste pueblo y por la mañana llegó a otro pueblo donde recibió el capitán y los que con él iban mucho servicio; y a la noche llegaron a otro pueblo, donde asimesmo les fue hecho mucho servicio, y prestaron los indios de aquel pueblo muchas ovejas y chicha y todo lo demás que fue menester. Toda aquella tierra es muy abundante de ganados y maíz, que yendo los christianos por el camino vían andar los hatos de ovejas por el camino. El día siguiente partió el capitán de aquel pueblo, y por el valle fue a comer a un pueblo grande que se dice Guarax, y el señor dél Pumacapllay; donde dél y de sus indios fue bien proveído de comida y gente para llevar las cargas. Este pueblo está en un llano, pasa un río junto a él; desde él se parecen otros pueblos, adonde hay muchos ganados y maíz.

Solamente para dar de comer al capitán y a su gente, que con él iba, tenían en un corral doscientas cabezas de ganado. De aquí salió el capitán tarde y fue a dormir a otro pueblo que se dice Sucaracoay, donde le hicieron buen recibimiento; llámase el señor deste pueblo Marcocana. En este pueblo descansó el capitán un día, porque la gente y los caballos venían cansados del mal camino. En este pueblo hubo buena guarda, porque era grande, y Chilicuchima estaba cerca con cincuenta y cinco mil hombres. Otro día partió deste pueblo, y por un valle de labranzas y muchos ganados fue a dormir dos leguas de allí, a un pueblo pequeño que se dice Pachicoto. Aquí dejó el camino real que va al Cuzco y tomó el de los llanos. Otro día partió deste pueblo fue a dormir a otro que se dice Marcara, el señor dél se llama Corcara; éste es de señores de ganados que tienen en él sus pastores, y en cierto tiempo del año los llevan allí a apacentar como hacen en Castilla, en Extremadura. Deste pueblo corren las aguas hacia la mar y se hace el camino difícil, porque toda la tierra adentro es muy fría y de muchas aguas y nieves, y a la costa muy caliente, y llueve muy poco; que no basta para lo que se siembra, sino que de las aguas que bajan de la sierra riegan la tierra, la cual es muy abundosa de mantenimientos y frutas.

Otro día partió deste pueblo y por un río abajo de frutales y labranzas fue a dormir a un pueblo pequeño que se dice Guaracanga. Y otro día fue a dormir a un pueblo grande que se dice Parpunga, que está junto a la mar; tiene una casa fuerte con cinco cercas ciegas pintadas de muchas labores por de dentro y por de fuera, con sus portadas muy bien labradas ala manera de España, con dos tigres a la puerta principal. Los indios deste pueblo anduvieron remontados de miedo de ver una gente nunca antes vista, y los caballos de los cuales se maravillaban más. El capitán les hizo hablar por la lengua que llevaba asegurándolos, y ellos sirvieron bien. En este pueblo tornó a tomar otro camino más ancho que está hecho a mano por las poblaciones de la costa, tapiado de paredes por una parte y otra. En este pueblo de Parpunga estuvo el capitán dos días porque la gente descansase y por esperar herraje. Partiendo el capitán deste pueblo pasaron él y su gente un río en balsas, y los caballos a nado; y fue a dormir a un pueblo que se dice Guamamayo que está en un barranco sobre la mar. Junto a este pueblo se pasó otro río a nado con harta dificultad, porque iba muy crecido y furioso. En estos ríos de las costas no hay puentes, porque van muy grandes y derramados. El señor deste pueblo y su gente lo hicieron bien en ayudar a pasarlas cargas, y dieron muy bien de comer a los christianos y gente para las cargas. Deste pueblo partió el capitán con su gente a nueve días del mes de

enero, y fue a dormir a otro pueblo sujeto de Guamamayo, que son tres leguas de camino la mayor parte poblado y labranzas y arboledas y frutales; y el camino limpio y tapiado; este día fue a dormir a un pueblo muy grande que está cerca de la mar que se dice Guarva.

Este pueblo está en un buen sitio, tiene grandes edificios de aposentos. Los christianos fueron bien servidos de lo señores del pueblo y de sus indios; y dieron todo lo que fue menester aquel día. Luego el siguiente día se partió el capitán y fue a dormir a un pueblo que se dice Llachu, que se le puso nombre el pueblo de las Perdices, porque en cada casa había muchas perdices puestas en jaulas. Los indios deste pueblo salieron de paz y sirvieron bien. El cacique deste pueblo no pareció. Otro día partió el capitán deste pueblo algo de mañana, porque tenía la noticia que era grande la jornada y fue a comer a un pueblo grande que se llama Suculacumbi, que hay cinco leguas de camino. El señor del pueblo y los indios salieron de paz, y dieron todo lo necesario de comida para aquel día; y a hora de vísperas salió deste pueblo por llegar otro día al pueblo donde estaba la mezquita; y pasó un gran río a vado, y por un camino tapiado y fue a dormir a un lugar del sobredicho pueblo, legua y media dél. Otro día domingo a treinta de enero partió el capitán deste pueblo, y sin salir de arboledas y pueblos llegó a Pachalcami, que es el pueblo donde está la mezquita. A medio camino está otro pueblo grande donde el capitán comió. El señor de Pachalcami y los principales dél salieron a recibir a los christianos de paz y mostraron mucha voluntad a los españoles.

Luego el capitán se fue a posentar con su gente a unos aposentos grandes que están a una parte del pueblo; y luego dijo el capitán que iba por mandado del señor Gobernador por el oro de aquella mezquita, que el cacique había mandado al señor Gobernador; y que luego lo juntasen y se lo diesen, o lo llevasen adonde el señor Gobernador estaba. Y juntándose todos los principales del pueblo, y los pajes del ídolo, dijeron que lo darían; y anduvieron disimulando y dilatando. En conclusión que trujeron muy poco y dijeron que no había más. El capitán disimuló con ellos y dijo que quería ir a ver aquel ídolo que tenían, que lo llevasen allá; y así fue. Él estaba en una buena casa bien pintada, en una sala muy oscura, hidionda muy cerrada; tienen un ídolo he-cho de palo muy sucio y aquél dicen que es su dios el que los cría y sostiene y cría los mantenimientos. A los pies dél tenían ofrecidas algunas joyas de oro. Tiénienle en tanta veneración, que solos sus pajes y criados que dicen que él señala, esos le sirven; y otro no osa entrar, ni tienen a otro por digno de tocar con la mano en las paredes de su casa.

Averiguóse que el diablo se reviste en aquel ídolo, y habla con aquellos sus aliados, y les dice cosas diabólicas que manifiesten por toda la tierra. A éste tienen por dios, y le hacen muchos sacrificios. Vienen a este diablo en peregrinación de trescientas leguas con oro y plata y ropa, y los que llegan van al portero y piden su don, y él entra, y habla con el ídolo, y él dice que se lo otorga. Antes que ninguno destos sus ministros entre a servirle, dicen que ha de ayunar muchos días y no se ha de allegar a mujer. Por todas las calles deste pueblo y a las puertas principales dél, y a la redonda desta casa, hay muchos ídolos de palo, y los adoran a imitación de su diablo. Hase averiguado con muchos señores desta tierra que desde el pueblo de Catamez que es al principio deste gobierno, toda la gente desta costa, servía a esta mezquita con oro y plata; y daban cada año cierto tributo;

tenían sus casas y mayordomos adonde echaban el tributo, adonde se halló algún oro y muestras de haber alzado mucho más; averiguóse con muchos indios haberlo alzado por mandado del diablo.

Muchas cosas se podrían decir de las idolatrías que se hacen a este ídolo más por evitar prolejiada no las digo, mas de cuanto se dice entre los indios que aquel ídolo les hace entender que es su dios; y que los puede hundir si le enojan, y no le sirven bien; y que todas las cosas del mundo están en su mano. Y la gente estaba tan escandalizada y temerosa de solamente haber entrado el capitán a verle, que pensaban que en yéndose de allí los christianos los había de destruir a todos. Los christianos dieron a entender a los indios el gran yerro en que estaban, y que el que hablaba dentro de aquel ídolo es el diablo, que los tenía engañados; y amonestáronles que de allí adelante no creyesen en él ni hiciesen lo que les aconsejase, y otras cosas acerca de sus idolatrías. El capitán mandó deshacer la bóveda donde el ídolo estaba, y quebrarle delante de todos, y les dio a entender muchas cosas de nuestra santa fe cathólica, y les señaló por armas para que se defendiesen del demonio la señal de la cruz. Este pueblo de Xachacama es gran cosa; tiene junto a esta mezquita una casa del sol, puesta en un cerro bien labrada, con cinco cercas; hay casas con terrados, como en España. El pueblo parece ser antiguo, por los edificios caídos que en él hay; lo más de la cerca está caído. El principal señor dél se llama Taurichumbi. A este pueblo vinieron los señores comarcanos a ver al capitán con presentes de lo que había en su tierra y con oro y plata; maravilláronse mucho de haberse atrevido el capitán a entrar donde el ídolo estaba y haberle quebrantado.

El señor de Malaque, llamado Lincoto, vino a dar la obediencia a su majestad y trujo presentes de oro y plata; el señor de Hoar, llamado Alincay, hizo lo mesmo. El señor de Guaico, llamado Guarilli, asimismo trujo oro y plata. El señor de Chinchá, con diez principales suyos, trujeron presentes de oro y plata; este señor dijo que se llamaba Tambianvea. Y el señor de Guarva, llamado Guaxchapaicho, y el señor de Colixa, llamado Aci, y el señor de Sallicaimarca, llamado Ispilo, y otros señores y principales de las comarcas traían sus presentes de oro y plata, que se juntó con lo que fue sacado de la mezquita noventa mil pesos. A todos estos caciques habló el capitán muy bien, agradesciéndoles su venida. Y mandóles en nombre de su majestad, que siempre lo hiciesen así; y enviólos muy contentos.

En este pueblo de Xachacama tuvo el capitán Hernando Pizarro noticias que Chilicuchima, capitán de Atabaliba, estaba cuatro jornadas de allí con mucha gente y con el oro; y que no quería pasar de allí, antes decía que venía a dar guerra a los christianos. El capitán le envió un mensajero asegurándole, y envióle a decir que viniese con el oro, que ya sabía que su señor estaba preso, y había muchos días que le esperaba; y que también estaba enojado el señor Gobernador de su tardanza; y otras muchas cosas le envió decir, asegurándole para que viniese porque el no podía ir a verse con él, porque había mal camino para los caballos; y que en un pueblo que estaba en el camino el que más presto llegase, aguardase al otro.

Chilicuchima envió a decir que él haría lo que el capitán mandaba, y que en ello no habría otra cosa. Y así, el capitán se despachó del dicho pueblo de Xachacama para venir

a juntarse con Chilicuchima; y por las mismas jornadas vino hasta el pueblo de Guarva, que está en el llano junto a la mar; y allí dejó la costa y tornó a entrarla tierra adentro. A tres días del mes de marzo salió el capitán Hernando Pizarro del dicho pueblo de Guarva, y caminó por un río arriba, cercado de muchas arboledas todo aquel día, y a la noche fue a dormir a un pueblo que está en la ribera deste río; este pueblo donde el capitán fue a dormir está sujeto al sobredicho pueblo de Guarva. Y llámase Guaranga. El día siguiente partió el capitán deste pueblo, y fue a dormir a otro pueblo pequeño que se dice Aillón, que está situado junto a la sierra, el cual es sujeto a otro pueblo más principal llamado Aratambo, de muchos ganados y maíz.

Otro día, cinco días del dicho mes, fue a dormir a otro pueblo sujeto de Caxatambo, que se dice Chíncha. En el camino está un puerto de nieve muy agrio, la nieve daba a las cinchas de los caballos. Este pueblo es de muchos ganados. Aquí estuvo el capitán dos días. Sábado, a siete del dicho mes, partió desde pueblo. Y fue a dormir a Caxatambo. Este es un muy gran pueblo, situado en un valle hondo, donde hay muchos ganados, y por todo el camino hay muchos corrales de ovejas. Llámase el señor desde pueblo Sachao. Hízolo bien en el servicio de los españoles. En este pueblo tornó a tomar el camino ancho por donde el dicho Chilicuchima había de ir; hay tres días de travesía. Aquí se informó el capitán si había pasado a juntarse con él, como había quedado. Todos los indios le decían que había pasado, y llevaba todo el oro. Y según después pareció, ellos estaban avisados que lo dijiesen así, porque el capitán se viniese. Y él quedaba en Xauxa sin pensamiento de venir. Y como se cree destos indios que pocas veces dicen verdad, el capitán determinó, aunque fue gran trabajo y peligro, de salir al camino real por donde Chilicuchima había de venir, para saber si había pasado, y si no fuese pasado, ir a verse con él doquiera que estuviese, así por traer el oro como por deshacer el ejército que tenía y traerlo por bien; y si no quisiese, dar en él y prenderlo, Y así, el capitán con su gente tomó la vía de un pueblo grande, llamado Pombo, que está en el camino real.

Lunes, a nueve de dicho mes, fue a dormir a un pueblo que está entre unas sierras, que se dice Oyu. El cacique del pueblo salió de paz, y dio a los cristianos todo lo que fue menester para aquella noche. Otro día de mañana fue el capitán a dormir a un pueblo chico de pastores, que está cerca de una laguna de aguadulce, que tiene tres leguas de circuito, en un llano donde hay muchos ganados medianos, como los de España, y de lana muy fina. Otro día miércoles por la mañana llegó el capitán con su gente al pueblo de Pombo, y saliéronle a recibir los señores del pueblo y algunos capitanes de Atabaliba que estaban allí con cierta gente. Allí halló el capitán ciento y cincuenta arrobas de todo oro que Chilicuchima enviaba, y él quedaba con su gente en Xauxa. Luego, como el capitán se aposentó, preguntó a los capitanes de Atabaliba qué era la causa que Chilicuchima enviaba aquel oro, y no venía él, como había prometido. Ellos respondieron, que porque él tenía mucho miedo de los cristianos, no había venido; y también porque esperaba mucho oro que venía del Cuzco; y no osaba ir con tan poco. El capitán Hernando Pizarro hizo un mensajero desde este pueblo a Chilicuchima asegurándole, y haciéndole saber que, pues él no había venido, que él iba adonde él estaba, que no tuviese miedo. En este pueblo descansó un día, por llevar los caballos algo aliviados, para si fuese menester pelear.

Viernes, a catorce días de dicho mes de marzo, partió el capitán con su gente de pie y de caballo del dicho pueblo de Pombo para ir a Xauxa; y en este día fue a dormir a un pueblo llamado Xacamalca, seis leguas de tierra llana del pueblo de donde partió. Hay en el campo una laguna de agua dulce que comienza de junto a este pueblo, y tiene de circuito de ocho o diez leguas, toda cercada de pueblos; y cerca della hay muchos ganados, y hay en ella aves de aguade muchas maneras y pescados pequeños. En esta laguna tuvo el padre de Atabaliba y él muchas balsas traídas de Túmbez para su recreación. Sale desta laguna un río que va al pueblo de Pombo, y pasa por una parte dél muy sesgo y hondable, y pueden venir por él a desembarcar a una puente que está junto al pueblo. Los que pasan pagan portazgo como en España. Por todo este río hay muchos ganados, púsosele por nombre Guadiana, porque le parece mucho.

Sábado, a quince días del dicho mes, partió el capitán del pueblo de Xacamalca, y fue a comer a una casa que está tres leguas de allí, donde tenían buen recibimiento de comida, y fue a dormir otras tres leguas adelante, a un pueblo llamado Tarma, que está en la ladera de una sierra. Allí le llevaron a aposentar en una casa pintada que tiene buenos aposentos. El señor deste pueblo lo hizo bien, así en el dar de comer, como en dar gente para cargas. Domingo por la mañana se partió el capitán deste pueblo, porque era algo grande la jornada, y comenzó a caminar su gente puesta en orden, recelando que Chilicuchima estaba de mal arte, porque no le había hecho mensajero.

A hora de vísperas llegó a un pueblo llamado Yanaimalca. Del pueblo le salieron a recibir. Allí supo que Chilicuchima estaba fuera de Xauxa, de donde tuvo más sospecha, y porque estaba una legua de Xauxa, en acabando de comer caminó, y llegando a vista della, desde un cerro vieron muchos escuadrones de gente, y no sabían si era de guerra o del pueblo. Llegado el capitán con su gente a la plaza principal del dicho pueblo, vieron que los escuadrones eran de gente del pueblo, que se habían juntado para hacer fiestas. Luego como el capitán llegó, antes de apearse preguntó por Chilicuchima, y dijéronle que era ido a otros pueblos y que otro día vernía. So color de ciertos negocios, él se había ausentado hasta saber de los indios que venían con el capitán el propósito que los españoles llevaban; porque, como él vía que había hecho mal en no cumplir lo que había prometido, y que el capitán había venido ochenta leguas a verse con él y por estas causas sospechó que iba a prenderle o matarle. Y por el miedo que este capitán tenía a los christianos, especialmente a los de caballo, por eso se absentó.

El capitán llevaba consigo a un hijo del Cuzco viejo, el cual, como supo que Chilicuchima se había ausentado, dijo que quería ir adonde él estaba, y así fue en unas andas. Toda aquella noche estuvieron los caballos ensillados y enfrenados, y mandó a los señores del pueblo que ningún indio pareciese en la plaza, porque los caballos estaban enojados y los matarían. Otro día siguiente vino aquel hijo del Cuzco, y con él Chilicuchima, los dos en andas bien acompañados, y entrando por la plaza se apeó y dejó toda la gente, y con algunos que le acompañaban fue a la posada del capitán Hernando Pizarro a verle a disculparse por no haber ido, como lo había prometido, y cómo no le había salido a recibir, diciendo que no había podido más con sus ocupaciones; y preguntándole el capitán cómo no había ido a juntarse con él, según lo había prometido, Chilicuchima respondió que su señor Atabaliba le había enviado a mandar que se

estuviese quedo; el capitán le respondió que ya no tenía ningún enojo dél; pero que se aparejase, que había de ir adonde estaba el Gobernador, el cual tenía preso a su señor Atabaliba; y que no le había de soltar hasta que diese el oro que había mandado; y que él sabía cómo tenía mucho oro, que lo allegase todo, y que se fuesen juntos; y que le sería hecho buen tratamiento. Chilicuchima respondió que su señor le había enviado a mandar que se estuviese quedo que si no le enviase a mandar otra cosa, que no osaría ir; porque, como aquella tierra era nuevamente conquistada, si él se fuese tornaríase a rebelar.

Hernando Pizarro estuvo porfiando con él mucho; en conclusión, quedó que él se vería en ello aquella noche, y por la mañana le hablaría. El capitán lo quería atraer por buenas razones, por no alborotar la tierra, porque pudiera venir daño a tres españoles que eran idos a la ciudad del Cuzco. Otro día por la mañana Chilicuchima fue a su posada; y dijo que, pues él quería que fuese con él, que no podía hacer otra cosa de lo que mandaba, que él se quería ir con él. Y que dejaría otro capitán con la gente de guerra que allí tenía. Y aquel día juntó hasta treinta cargas de oro bajo, y concertaron de irse desde a dos días, en los cuales vinieron hasta treinta o cuarenta cargas de plata. En estos días se guardaron mucho los españoles, y de día y de noche estaban los caballos ensillados, porque aquel capitán de Atabaliba se vido tan poderoso de gente que si hobiera dado de noche en los christianos hiciera gran daño. Este pueblo de Xauxa es muy grande y está en un hermoso valle; es tierra muy templada, pasa cerca del pueblo un río muy poderoso, es tierra abundosa, el pueblo está hecho a la manera de los de España, y las calles bien trazadas.

A vista dél hay otros pueblos sujetos a él. Era mucha la gente de aquel pueblo y de sus comarcas que al parecer de los españoles se juntaban cada día en la plaza principal cient mil personas, y estaban los mercados y calles del pueblo tan llenos de gente, que parecía que no faltaba persona. Había hombres que tenían cargo de contar toda esta gente, para saber los que venían a servir a la gente de guerra; otros tenían cargo de mirar lo que entraba en el pueblo. Tenía Chilicuchirna mayordomos que tenían cargo de proveer de mantenimientos a la gente. Tenían muchos carpinteros que labraban madera, y otras muchas grandezas tenía acerca de su servicio y guarda de su persona; tenía en su casa tres o cuatro porteros. Finalmente, en su servicio y en todo lo demás imitaba a su señor.

Este era temido en toda aquella tierra, porque era muy valiente hombre, que había conquistado por mandado de su señor, más de seiscientas leguas de tierra, donde hubo muchos recuentros en el campo y en pasos malos, y en todos fue vencedor, y ninguna cosa le quedó por conquistar en toda aquella tierra. Viernes, a veinte días del mes de marzo, partió el capitán Hernando Pizarro del dicho pueblo de Xauxa para dar la vuelta al pueblo de Caxamalca, y con él Chilicuchima, y por las mismas jornadas vino hasta el pueblo de Pombo, adonde viene a salir el camino real del Cuzco; donde estuvo el día que llegó y otro. Miércoles partieron del dicho pueblo de Pombo, y por unos llanos, donde había muchos hatos de ganado, fueron a dormir a unos aposentos grandes. Este día nevó mucho. otro día fueron a dormir a un pueblo que está entre unas sierras, que se dice Tambo ; hay junto a él un hondo río donde hay una puente, y para bajar al río hay una escalera

de piedra muy agra, que habiendo resistencia de arriba, harían mucho daño. El capitán fue bien servido del señor deste pueblo de todo lo que fue menester para él y para su gente, e hicieron gran fiesta por respecto del capitán Hernando Pizarro, y también por que venía con él Chilicuchima, a quien solían hacer fiestas. Otro día fueron a dormir a otro pueblo llamado Tonsucancha, y el cacique principal dél se llama Tillima; aquí tuvieron buen recibimiento, y hubo mucha gente de servicio; porque, aunque el pueblo era pequeño, acudieron allí los comarcanos a recibir y ver a los christianos. En este pueblo hay muchos ganados pequeños de muy buena lana, que parece a la de España. Otro día fueron a dormir a otro pueblo que se dice Guaneso, que había de allí cinco leguas de camino, lo mas dél enlosado y empedrado, y hechas sus acequias por do va el agua. Dicen que fue hecho por causa de las nieves que en cierto tiempo del año caen por aquella tierra. Este pueblo de Guaneso es grande y está en un valle cercado de sierras muy agras, tiene el valle tres leguas en circuito, y por la una parte, viniendo a este pueblo de Caxamalca, hay una gran subida muy agra, en este pueblo hicieron buen recibimiento al capitán y a los christianos; y dos días que allí estuvieron hicieron muchas fiestas. Este pueblo tiene otros comarcanos que le son sujetos; es tierra de muchos ganados. El postrimero día del sobredicho mes partió el capitán con su gente deste pueblo, y llegaron a una puente de un río caudal, hecha de maderos muy gruesos; y en ella había porteros que tenían cargo de cobrar el portazgo, como entre ellos es costumbre. Este día fueron a dormir a cuatro leguas de aqueste pueblo donde Chilicuchima tuvo proveído de todo lo que fue menester para aquella noche.

Otro día, primero del mes de abril, partieron deste pueblo, y fueron a dormir a otro que se llama Picosmarca . Este pueblo está en la ladera de una sierra agra. Llámase el cacique Parpay. otro día partió el capitán de éste pueblo, y fue a dormir tres leguas de allí, a un buen pueblo llamado Guari , donde hay otro río grande y hondo donde hay otra puente. Este lugar es muy fuerte, porque tiene por las dos partes hondos barrancos. Aquí dijo Chilicuchima que había habido un recuento con la gente del Cuzco, que le había aguardado en este paso, y se le defendieron dos o tres días, y cuando los del Cuzco iban de vencida, ya que era pasada alguna gente, quemaron la puente, y Chilicuchima y su gente pasaron nadando; y mataron muchos de los del Cuzco. Otro día partió el capitán deste pueblo, y fue a dormir a otro lugar que se llama Guacango , que hay cinco leguas de camino. Otro día fue a dormir a otro pueblo que se dice Piscobamba; este pueblo es grande, y está en la ladera de una sierra; llámase el cacique dél Tanguame; deste cacique y de sus indios fue el capitán bien recibido, y los christianos bien servidos. En el medio del camino deste pueblo a Guacacamba hay otro río hondable, y en él otras dos puentes juntas, hechas de red, como las que arriba dije, que sacan un cimiento de piedra de junto al agua, y de una parte a otra, hay unas maromas tan gruesas como el muslo, hechas de bimbres, y sobre ella atraviesan muchos cordeles gruesos muy tejidos, y hacen sus bordos altos, y por debajo están unas piedras grandes atadas para tener recia la puente. Los caballos pasaron bien la puente, aunque se andaba, que es una cosa temerosa de pasar para quien no ha pasado; pero no hay peligro, porque está muy fuerte. En todas estas puentes hay guardas, como en España, y tienen la mesma orden que arriba dije. Otro día partió el capitán con su gente deste pueblo, y fue a dormir a unas caserías que están cinco leguas dél. Otro día vino a dormir a un pueblo que se dice Agoa, sujeto de Piscobamba; es buen pueblo y de muchos maizales; está entre sierras. El cacique y sus indios dieron lo

que fue menester aquella noche, y a la mañana dieron la gente de servicio que fue menester. Otro día fueron el capitán y su gente a dormir a otro pueblo que se dice Conchicho, que son cuatro leguas de camino muy agro. Este pueblo está en una hoya. Media legua antes que lleguen a él va un camino muy ancho cortado por peña, hechos en la peña escalones, hay muchos malos pasos, y fuertes si hubiese defensa. Partiendo de allí el capitán y su gente, fueron a dormir a otro pueblo, llamado Andamarca, que es donde se apartó para ir a Pachacama; a este pueblo se vienen a juntar los dos caminos reales que van al Cuzco. Del pueblo de Pombo a éste hay tres leguas de camino muy agro; en las bajadas y subidas tienen hechas sus escaleras de piedra; por la parte de la ladera tiene su pared de piedra porque no puedan resbalar, porque por algunas partes podrían caer, que se harían pedazos; para los caballos es gran bien, que caerían si no hobiese pared. En medio del camino hay una puente de piedra y madera muy bien hecha, entre dos peñoles; y a la una parte de la puente hay unos aposentos bien hechos y un patio empedrado, donde dicen los indios que cuando los señores de aquella tierra caminaban por allí les tenían hechos banquetes y fiestas. Deste pueblo vino el capitán Hernando Pizarro por las mismas jornadas que llevó hasta la ciudad de Caxamalca, donde entró, y con él Chilicuchima, a veinte y cinco días del mes de mayo año de mil y quinientos y treinta y tres. Aquí se ha visto una cosa que no se ha visto después que las indias se descubrieron, y aun entre españoles es bien notar: que al tiempo que Chilicuchima entró por las puertas donde estaba preso su señor, tomó a un indio de los que consigo llevaba y una carga mediana, y echóse encima, y con él otros muchos principales de aquellos que consigo llevaba; y así cargado él y los otros, entró donde su señor estaba, y cuando lo vio, alzó las manos al sol, y dióle gracias porquese lo había dejado ver; y luego con mucho acatamiento, llorando, se llegó a él y le besó en el rostro y las manos y los pies; y asimesmo los otros principales que venían con él. Atabaliba mostró tanta majestad, que con no tener en todo su reino a quien tanto quisiese, no le miró a la cara ni hizo dél más caso que del más triste indio que viniera delante dél. Y esto de cargarse para entrar a ver a Atabaliba es cierta ceremonia que se hace a todos los señores que han reinado en aquella tierra. La cual dicha relación, yo Miguel de Estete, veedor que fui en el viaje que el dicho capitán Hernando Pizarro, hizo truje de todo lo susodicho, de la manera que sucedió.

-MIGUEL ESTETE.

FRANCISCO DE XEREZ

VERDADERA RELACIÓN DE LA CONQUISTA DEL PERÚ

Prosigue el primer autor

Visto por el Gobernador que seis navíos que estaban en el puerto de Sant Miguel no se podían sostener, y que dilatando su partida se podrerían los maestros dellos, que a él

vinieron, le habían requerido que los pagase y los despachase, el Gobernador hizo ayuntamiento para despacharlos, y para hacer relación a su majestad de lo sucedido. Y juntamente con los oficiales de su majestad acordó que se hiciese fundición de todo el oro que hay en este pueblo, que Atabaliba había hecho traer, y de todo lo demás que llegara antes que la fundición se acabe, porque fundido y repartido, no se detenga más aquí el Gobernador, y vaya a hacer la población, como manda su majestad.

Año mil y quinientos y treinta y tres, andados trece días del mes de mayo, se pregonó y comenzó hacer la fundición. Pasados diez días, llegó a este pueblo de Caxamalca uno de los tres cristianos que fueron a la ciudad del Cuzco; éste es el que fue por escribano, y trujo la razón de cómo se había tomado posesión en nombre de su majestad en aquella ciudad del Cuzco. Asimismo trujo relación de los pueblos que hay en el camino; en que dijo que hay treinta pueblos principales, sin la ciudad del Cuzco, y otros muchos pueblos pequeños; y dijo que la ciudad del Cuzco es tan grande como se ha dicho, y que está asentada en una ladera cerca del llano. Las calles muy bien concertadas y empedradas, y en ocho días que allí estuvieron no pudieron ver todo lo que allí había; y que una casa del Cuzco tenía chapería de oro. Y que la casa es muy bien hecha y cuadrada y tiene de esquina a esquina trescientos y cincuenta pasos, y de las chapas de oro que esta casa tenía quitaron setecientas planchas, que una con otra tenían a quinientos pesos, de otra casa quitaron los indios cantidad de doscientos milpesos, y que por ser muy bajo no lo quisieron recibir, que ternía a siete o ocho quilates el peso; y que no vieron más casas chapadas de oro destas dos, porque los indios no les dejaron ver toda la ciudad, y que por la muestra y parecer de la ciudad y de los oficiales della creen que hay mucha riqueza en ella; y que hallaron allí al capitán Quisquis, que tiene esta ciudad por Atabaliba, con treinta mil hombres de guarnición, con que la guarda, porque confina con caribes y con otras gentes que tienen guerra contra aquella ciudad. Y otras muchas cosas dijo que hay en aquella ciudad, y de la buena orden della. Y que el principal que con ellos fue viene con los otros dos christianos con setecientas planchas de oro y plata, y mucha cantidad que les dio en Xauxa el principal que allí dejó Chilicuchima. Por manera que en todo el oro que traen vienen ciento y setenta y ocho cargas, y son las cargas de paligueres, que las traen cuatro indios, y que traen poca plata, y que el oro viene a los christianos poco a poco y deteniéndose, porque son menester muchos indios para ello, y los vienen recogiendo de pueblo en pueblo; y se cree que llegará a Caxamalca dentro de un mes. El oro que se ha dicho que venía del Cuzco entró en este pueblo de Caxamalca a trece días de junio del año sobredicho; y vinieron doscientas cargas de oro y veinte y cinco de plata; en el oro al parecer había más de ciento y treinta quintales; y después de haber venido esto, vinieron otras sesenta cargas de oro bajo; la mayor parte de todo esto eran planchas, a manera de tablas de cajas, de a tres y a cuatro palmos de largo. Esto quitaron de las paredes de los bohíos, y traían agujeros, que parece haber estado clavadas.

Acabóse de hundir y repartir todo este oro y plata que se ha dicho día de Santiago; y pesado todo el oro y plata por una romana, hecha la cuenta, reducido todo a buen oro, hubo en todo un cuento y trescientos y veinte y seis mil y quinientos y treinta y nueve pesos de buen oro. De lo cual perteneció a su majestad su quinto, después de sacados los derechos de fundidor, doscientos y sesenta y dos mil y doscientos y cincuenta y nueve pesos de buen oro. Y en la plata hubo cincuenta y un mil seiscientos y diez marcos, y a

su majestad perteneció diez mil y ciento y veinte y un mil marcos de plata. De todo lo demás, sacado el quinto y los derechos del fundidor, repartió el Gobernador entre todos los conquistadores que lo ganaron; y cupieron los de caballo a ocho mil y ochocientos y ochenta pesos de oro, y a trescientos y sesenta y dos marcos de plata; y los de pie a cuatro mil y cuatrocientos y cuarenta pesos y a ciento y ochenta y un marcos de plata; y algunos a más y otros a menos, según pareció al Gobernador que cada uno merecía, según la cualidad de las personas, y trabajo que habían pasado.

De cierta cantidad de oro que el Gobernador apartó antes del repartimiento, dio a los vecinos que quedaron en el pueblo de Sant Miguel y a toda la gente que vino con el capitán Diego de Almagro y todos los mercaderes y marineros que vinieron después de la guerra hecha, por manera que a todos los que en aquella tierra se hallaron alcanzó parte, y por esta causa se puede llamar fundición general, pues a todos fue general. Viose en esta fundición una cosa de notar, que hubo un día que se fundieron ochenta mil pesos, y comúnmente se hundían cincuenta o sesenta mil pesos. Esta hundición fue hecha por los indios, que hay entre ellos grandes plateros y fundidores, que fundían con nueve forjas. No dejaré de decir los precios que en esta tierra se han dado por los mantenimientos y otras mercaderías, aunque algunos no lo creerán por ser tan subidos; y puédolo decir con verdad, pues lo vi, y compré algunas cosas. Un caballo se vendió por dos mil y quinientos pesos, y otros tres mil y trescientos. El precio común de ellos eran dos mil y quinientos, y no se hallaban a este precio. Una botija de vino de tres azumbres, sesenta pesos. Yo di por dos azumbres cuarenta pesos. Un par de borceguíes treinta o cuarenta pesos, unas calzas otro tanto. Una capa cien pesos, y ciento y veinte. Una espada cuarenta o cincuenta. Una cabeza de ajos medio peso. A este respecto eran las otras cosas (es tanto un peso de oro como un castellano); una mano de papel diez pesos. Yo di por poco más de media onza de azafrán dañado doce pesos. Muchas cosas había que decir de los crecidos precios a que se han vendido todas las cosas; y de lo poco en que era tenido el oro y la plata. La cosa llegó a que si uno debía a otro algo le daba un pedazo de oro a bulto sin pesar. Y aunque le diese al doble de lo que le debía, no se le daba nada; y de casa en casa andaban los que debían con un indio cargado de oro buscando a los acreedores para pagar.

Dicho se ha cómo se acabó la hundición y se repartió el oro y plata, y de la riqueza de aquella tierra, y cómo es tenido en tan poco el oro y plata, así de los españoles como de los indios. Hay lugar de los que subjectos al Cuzco, que agora estaba por Atabaliba, adonde dicen que hay dos casas hechas de oro, y las pajas dellas, con que están cubiertas, todas hechas de oro. Con el oro que aquí se trujo del Cuzco trujeron algunas pajas hechas de oro macizo con su espigueta hecha al cabo, propia como nasce en el campo. Si hobiera de contar la diversidad de las piezas de oro que se trujeron, sería cosa de nunca acabar. Pieza hubo de asiento que pesó ocho arrobas de oro, y otras fuentes grandes con sus caños corriendo agua, en un lago hecho en la misma fuente, donde hay aves hechas de diversas maneras, y hombres sacando agua de la fuente, todo hecho de oro. Asimismo se sabe por dicho de Atabaliba y de Chilicuchima y de otros muchos, que tenía Atabaliba en Xauxa ciertas ovejas y pastores que las guardan todo hecho de oro, y las ovejas y pastores grandes como los que hay en esta tierra; estas piezas eran de su padre, las cuales prometió dar a los españoles. Grandes cosas se cuentan de las riquezas de Atabaliba y de su padre

Agora digamos una cosa que no es para dejar de escribir, y es que pareció ante el señor Gobernador un cacique señor del pueblo de Caxamalca; y por las lenguas le dijo: «Hágote saber que después que Atabaliba fue preso, envió a Guito, su tierra, y por todas las otras provincias, a hacer ayuntamiento de gente de guerra para venir sobre ti y tu gente y mataros a todos; y que toda esta gente viene con un gran capitán llamado Lluminabe ; y que está muy cerca de aquí; y verná de noche y dará en este real, quemándolo por todas partes, y al primero que trabajarán de matar será a ti; y sacarán de prisión a su señor Atabaliba. De la gente natural de Guito vienen doscientos mil hombres de guerra y treinta mil caribes que comen carne humana; y de otra provincia que se dice Pacalta, y de otras partes, viene gran número de gente» . Oído por el Gobernador este aviso y agradeciólo mucho al Cacique; y hízole mucha honra, y mandó a un escribano que lo asentase todo, y luego hizo sobre ello información; y tomó el dicho a un tío de Atabaliba y a algunos señores principales y a algunas indias; y hallóse ser verdad todo lo que dijo el cacique señor de Caxamalca. El Gobernador habló a Atabaliba, diciendo: «¿Qué traición es ésta que me tienes armada, habiéndote yo hecho tanta honra como a hermano, y confiándome de tus palabras?» Y declaróle todo lo que había sabido y tenía por información. Atabaliba respondió diciendo: «¿Búrlaste conmigo? Siempre me hablas cosas de burlas; ¿qué parte somos yo y toda mi gente para enojar a tan valientes hombres como vosotros? No me digas estas burlas». Y todo esto sin mostrar semblante de turbación, sino riendo, por mejor disimular su maldad. Y otras muchas veces de hombre agudo ha dicho después que está preso, de que los españoles que se las han oído están espantados de ver en un hombre bárbaro tanta prudencia.

El Gobernador mandó traer una cadena, y que se la echasen en la garganta, y envió dos indios por espías a saber dónde estaba este ejército; porque se decía que estaba a siete leguas de Caxamalca; por ver si estaba en parte donde pudiese enviar sobre ellos ciento de caballo; y supo que estaba en tierra muy agra y que se venían acercando. Y supose que luego que le fue echada la cadena a Atabaliba envió sus mensajeros a hacer saber a aquel su gran capitán cómo el Gobernador lo había muerto; y que sabida esta nueva por él y por los de su hueste, se habían retraído atrás; y que tras aquellos mensajeros envió otros enviándoles a mandar que luego viniesen sin detenerse, enviándoles avisos cómo y por dónde y a qué hora habían de dar en el real; porque él estaba vivo; y si se tardaban, lo hallarían muerto. Sabido todo esto por el Gobernador, mandó poner mucho recaudo en el real, y que todos los de caballo rondasen toda la noche, haciendo tres cuartos cada noche, y en cada cuarto rondaban cincuenta de caballo; y en el del alba todos ciento y cincuenta.

Y en todas estas noches no durmieron el Gobernador y sus capitanes, requiriendo las rondas y mi rando lo que convenía, y los cuartos que cabían de dormir a la gente no se quitaban las armas; y los caballos estaban ensillados. Con este recaudo estaba el real, hasta un sábado a puesta de sol vinieron dos indios de los que servían a los españoles a decir al Gobernador que venían huyendo de la gente del ejército, que llegaba tres leguas de allí; y que aquella noche o otra llegarían a dar en el real de los christia nos, porque a gran priesa se venían acercando, por lo que Atabaliba les había enviado a mandar. Luego el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de su majestad y de los capitanes y, personas de experiencia, sentenció a muerte a Atabaliba ; y mandó por su sentencia, por la traición por él cometida, que muriese quemado si no se tornase christiano, por la seguridad de los

christianos y por el bien de toda la tierra y conquista y pacificación delta; porque muerto Atabaliba, luego desbarataría toda aquella gente, y no ternían tan ánimo para ofender y hacer lo que les había enviado a mandar. Y así, le sacaron a hacer dél justicia, y llevándolo a la plaza, dijo que quería ser christiano. Luego lo hicieron saber al Gobernador, y dijo que lo bautizasen; y bautizólo el muy reverendo padre frey Vicente de Valverde, que lo iba esforzando. El Gobernador mandó que no lo quemasen, sino que lo ahogasen atado a un palo en la plaza, y así fue hecho; y estuvo allí hasta otro día por la mañana, que los religiosos y el Gobernador, con los otros españoles, lo llevaron a enterrar a la iglesia con mucha solemnidad, con toda la más honra que se le puedo hacer.

Así acabó éste que tan cruel había sido, con mucho ánimo, sin mostrar sentimiento, diciendo que encomendaba a sus hijos al Gobernador. Al tiempo que lo llevaban a enterrar hubo gran llanto de mujeres y criados de su casa. Murió en sábado a la hora que fue preso y desbaratado. Algunos dijeron que por sus pecados murió en tal día y hora como fue preso; y así pagó los grandes males y crueldades que en sus vasallos había hecho; porque todos a una voz dicen que fue el mayor carnicero y cruel que los hombres vieron; que por muy pequeña causa asolaba un pueblo, por un pequeño delicto que un solo hombre dél hobiese cometido; y mataba diez mil personas. Y por tiranía tenía subjecta toda aquella tierra. Y de todos era muy mal quisto. Luego tomó el Gobernador otro hijo del Cuzco viejo, llamado Atabaliba, que mostraba tener amistad a los christianos; y lo puso en el señorío en presencia de los caciques y señores comarcanos y de otros muchos indios; y les mandó que lo tuviesen todos por señor, y le obedeciesen como antes obedecían a Atabaliba, pues éste era señor natural por ser hijo legítimo del Cuzco viejo. Y todos dijeron que lo ternían por tal señor, y le obedecerían como el Gobernador les mandaba.

Agora quiero decir una cosa admirable, y es, que veinte días antes que esto acaesciese, ni se supiese de la hueste que Atabaliba había hecho juntar, estando Atabaliba una noche muy alegre con algunos españoles, hablando con ellos, pareció a deshora una señal en el ciclo, a la parte del Cuzco, como cometa de fuego, que duró mucha parte de la noche; y vista esta señal por Atabaliba, dijo que muy presto había de morir en aquella tierra un gran señor.

Cuando el Gobernador hubo puesto en el estado y señorío desta tierra a Atabaliba el menor (como ya está dicho), díjole el Gobernador que le quería notificar lo que su majestad manda, y lo que ha de hacer y cumplir para ser su vasallo. Atabaliba respondió que había de estar retraído cuatro días sin hablar a ninguno; porque así se usa entre ellos cuando un señor muere; para que el sucesor sea temido y obedescido; y luego le dan todos la obediencia. Así, estuvo los cuatro días retraído, y después asentó con él las paces el Gobernador con solemnidad de trompetas; y le entregó la bandera real, y él la recibió y alzó con sus manos por el Emperador nuestro señor, dándose por su vasallo.

Luego todos los señores principales y caciques que presentes se hallaron, con mucho acatamiento lo recibieron por señor y le besaron la mano y en el carrillo. Y volviendo las caras al sol, le dieron gracias, las manos juntas, diciendo que les había dado señor natural. Así fue recibido este señor al estado de Atabaliba, y luego le pusieron una borla muy rica

atada por la cabeza que descende desde la frente, que cuasi te tapa los ojos; que entre ellos es corona, que trae el que es señor en el señorío del Cuzco; y así la traía Atabaliba. Y después de todo esto, algunos de los españoles que habían conquistado la tierra, mayormente los que había mucho tiempo que estaban allá, y otros que fatigados de enfermedades y heridas, no podían servir ni estar allá, demandaron licencia al Gobernador, suplicándole que los dejase venir a sus tierras con el oro y plata y piedras y joyas que les habían cabido de su parte. La cual licencia les fue concedida, y algunos dellos vinieron con Hernando Pizarro hermano del Gobernador, y a otros se les dio después licencia, visto que cada día les venía gente de nuevo, que concurría a la fama de la riqueza que habían habido. Y el Gobernador dio algunas ovejas y carneros y indios a los españoles a quien había dado licencia, para que trujesen su oro y plata y ropa; hasta el pueblo de Sant Miguel, y en el camino perdieron algunos particulares oro y plata en cantidad de más de veinte y cinco mil castellanos, porque los carneros y ovejas se les huían con el oro y plata; y también huían algunos indios. Y en este camino padescieron, desde la ciudad del Cuzco hasta el puerto, que son cuasi doscientas leguas, mucha hambre y sed y trabajo, y falta de quien les trujese su hacienda; y así, embarcándose, vinieron a Panamá, y desde allí al Nombre de Dios, adonde se embarcaron, y nuestro Señor los trujo hasta Sevilla, adonde hasta agora son venidas cuatro naos, las cuales trujeron la siguiente cantidad de oro y plata.

Año de mil quinientos y treinta y tres a cinco días de diciembre, llegó a esta ciudad de Sevilla la primera destas cuatro naos, en la cual vino el capitán Cristóbal de Mena, el cual trujo suyos ocho mil pesos de oro y novecientos y cincuenta marcos de plata. Ítem vino un reverendo clérigo, natural de Sevilla, llamado Juan de Sosa, que trujo seis mil pesos de oro y ochenta marcos de plata. Ítem vinieron en esta nao, allende de lo sobredicho, treinta y ocho mil novecientos y cuarenta y seis pesos. Año de mil y quinientos y treinta y cuatro a nueve de enero, llegó al río de Sevilla la segunda nao, nombrada Santa María del Campo, en la cual vino el capitán Hernando Pizarro, hermano de Francisco Pizarro, gobernador y capitán general de la Nueva-Castilla. En esta nao vinieron para su majestad ciento y cincuenta y tres mil pesos de oro y cinco mil y cuarenta y ocho marcos de plata. Más trujo para pasajeros y personas particulares trescientos y diez mil pesos de oro y trece mil quinientos marcos de plata, sin los de su majestad. Lo sobredicho vino en barras y planchas y pedazos de oro y plata, cerrado en cajas grandes.

Allende de la sobredicha cantidad, trujo esta nao para su majestad treinta y ocho vasijas de oro y cuarenta y ocho de plata, entre las cuales había una águila de plata que cabrán en su cuerpo dos cántaros de agua, y dos ollas grandes, una de oro y otra de plata, que en cada una cabrá una vaca despedazada. Y dos costales de oro, que cabrá cada uno dos hanegas de trigo, y un ídolo de oro del tamaño de un niño de cuatro años, y dos atambores pequeños. Las otras vasijas eran cántaros de oro y plata, que en cada uno cabrán dos arrobas y más. Ítem en esta nao trujeron, de pasajeros, veinte y cuatro cántaros de plata y cuatro de oro. Este tesoro fue descargado en el muelle y llevado a la casa de la contratación, las vasijas a cargas, y lo restante en veinte y siete cajas, que un par de bueyes llevaban dos cajas en una carreta. En el sobredicho año, el tercero día del mes de junio, llegaron otras dos naos; en la una venía por maestro Francisco Rodríguez, y en la otra Francisco Pabón; en las cuales trujeron para pasajeros y personas particulares ciento

y cuarenta y seis mil quinientos y diez y ochos pesos de oro y treinta mil y quinientos y once marcos de plata.

Allende de las vasijas y piezas de oro y plata sobredichas, suma el oro destas cuatro naos setecientos y ocho mil y quinientos y ochenta pesos. Es tanto un peso de oro como un castellano. Véndese comúnmente cada peso por cuatro cientos y cincuenta maravedís. Y contando todo el oro que se registró de todas cuatro naos, sin poner en cuenta las vasijas y otras piezas, suma lo restante trescientos y diez y ocho cuentos y ochocientos y sesenta y un mil maravedís. Y la plata es cuarenta y nueve mil y ocho marcos. Es cada marco ocho onzas, que, contándolo a dos mil y dos ciento y diez maravedís, suma toda la plata ciento y ocho cuentos y trescientos y siete mil seisciento y ochenta maravedís.

La una de las dos naos postreras que llegaron (en la cual vino por maestre Francisco Rodríguez) es de Francisco de Jerez, natural desta ciudad de Sevilla; el cual escribió esta relación por mandado del gobernador Francisco Pizarro, es tando en la provincia de la Nueva-Castilla, en la ciudad de Caxamalca, por secretario del señor Gobernador. Y porque en esta ciudad de Sevilla algunos con embidia o malicia y otros con ignorancia de la verdad, en su ausencia han maltratado su honra un hidalgo, doliéndose de afrenta tan falsa contra hombre que tan honradamente y tan lejos de su natural ha bivido, hizo en su defensa los siguiente metros:

Dirige el autor sus metros al Emperador que es el Rey Nuestro Señor:

Om cesárea majestad
Emperador, Rey de España
y de la gran tierra estraña
nueva, y de más cantidad
que el gran Océano baña.

Invicto, semper Augusto
suplico no os dé mal gusto
el poner exemplo en vos
como pocas veces Dios
favorece sino al justo.

Cuando vuestra majestad
niño començó a reynar
dexávase gobernar
conosciendo ser su edad
tierna para sentenciar.

Mas después como crecía
y mejor ya conocía
a qué es obligado el rey
comencó a regir por ley
como la ley disponía.

Y en comencando a regir
puso el reino temeroso
y juntamente amoroso
porque comenzó a sentir
rey severo y piadoso:

Que la gran severidad
junta está con la piedad
porque la severa mano
con castigar al tyrano
pone al pueblo en libertad.

Hizo Dios de dos hermanos
ser el uno Emperador
y él hizo por sucesor
al otro Rey de Romanos
y de Ungría Rey señor.

Y a vos Carlo dio poder
con que pudistes vencer
al turco tan poderoso
pues justo, sabio, animoso
¿qué más puede rey tener?

Por estas virtudes tales
y por vuestra religión
quiso Dios no sin razón
daros tales naturales
que ponen admiración:

Tan sabia gente y tan buena
tan de esfuerzo y virtud llena
que cuando os sucede guerra
os defienden vuestra tierra
y os sojuzgan el ajena.

¿Queréis ver qué tales son
solos vuestros Castellanos?
digan Franceses, Romanos,
Moros, y cualquier nación
quáles quedan de sus manos:

Ningún señor tiene gente
tan robusta y tan valiente
christiano, gentil, ni moro

y este es el cierto thesoro
para ser el Rey potente.

Aventurando sus vidas
han hecho lo no pensado
hallar lo nunca hallado
ganar tierras no sabidas
enriquecer vuestro estado:

Ganaros tantas partidas
de gentes antes no oydas
y también como se ha visto,
hacer convertirse a Christo
tantas ánimas perdidas.

¿Quién pensó ver en un ser
guerra humana y divinal
toda junta en un metal
que vencen a lucifer
con el arma temporal?

No sé cómo se conciertan
cosas en que tanto aciertan
que solamente con ver
pocos a muchos vencer
les hazen que se conviertan.

De lo que hazen y traen
sin saber contar el cuánto,
nos ponen tan gran espanto
que los pensamientos caen
que no pueden subir tanto:

Por lo cual tiene Castilla
una tal ciudad Sevilla
que en todas las de christianos
pueden bien los Castellanos
contaría por maravilla.

Della salen, a ella vienen
ciudadanos, labradores
de pobres hechos señores
pero ganan lo que tienen
por buenos conquistadores:

Y pues para lo escrebir

sé que no puede cumplir
memoria papel, ni mano
de un mancebo sevillano
que he visto quiero dezir.

Entre los muchos que han ydo
(hablo de los que han tornado)
ser éste el más señalado
porque he visto que ha venido
sin tener cargo cargado:

Y metió en esta colmena
de la flor blanca muy buena
ciento y diez arrovas buenas
en nueve cajas bien llenas
según vimos, y se suena.

Ha veynte años que está allá
los diez y nueve en pobreza
yen uno quanta riqueza
ha ganado y trae acá
ganó con gran fortaleza:

Peleando y trabajando
no durmiendo mas velando
con mal comer y beber,
ved si merece tener
lo que ansí ganó burlando.

Tanto otro allá estuviera
sin que allá nada ganara:
Sin duda desconfiara
y sin nada se bolviera
sin que más tiempo esperara:

De modo que su ganancia
procedió de su constancia
que quiso con su virtud
proveer su senectud
con las obras de su infancia.

Con ventura, que es juez
en qualquier calidad
se partió desta ciudad
un Francisco de Xerez
en quinze años de su edad:

Y ganó en esta jornada
traer la pierna quebrada
con lo demás que traía
sin otra mercadería
sino su persona armada.

Sobre esta tanta excelencia
hay mil malos embidiosos
maldicientes mentirosos
que quieren poner dolencia
en los hombres virtuosos:

Con esta embidia mortal,
aunque este es su natural.
Dicen dél lo que no tiene
de embidia de cómo viene
mas no le es ninguno ygual.

Y porque en un hombre tal
hemos de hablar forçado
debe ser muy bien mirado
porque no se hable mal:
En quién debe ser honrado:

Y pues yo escribo quiero
ser autor muy verdadero
porque culpado no fuese
antes que letra escribiese,
me he informado bien primero.

Y he sabido que su vida
es de varón muy honesto
y que mil vezes la ha puesto
en arrisco tan perdida
cuanto está ganada en esto:

Y bien parece en lo hecho
y quien tan grande estrecho
ha salido con victoria
bien merece fama y gloria
con el mundano provecho.

Es de un Pedro de Xerez
hijo ciudadano honrado
yo en mi vida le he hablado,

sino fue sola una vez
de paso y arrebatado:

Al hijo nunca lo vi
mas por lo que dél oy
y que por quien es merece,
muy poquito me parece
que en su favor escribí.

Dícenme que sin reproche
mílite sabio en la guerra
y en su tierra o no en su tierra
dizen que nunca una noche
sin obrar virtud se encierra:

Y que desde do ha partido
hasta ser aquí venido
tienen en limosna gastados
mil y quinientos ducados
sin los más que da escondido.

Esto he querido escrebir
para vuestra majestad
porque si alguna maldad
de envidia van a decir
sepa de mí la verdad:

Y estas tales el buen Rey
es obligado por ley
honrar y favorecellos
y justamente con ellos.

Domine memento mei
Y porque estoy obligado
que he de escrebir las hazañas
de los de vuestras Españas
cada hecho señalado
en nuestras partes o extrañas:

Pareciéndome esta cosa
digna de escrebir en prosa
y en metro como la embío
tómese el intento mío
sino va escrita sabrosa.

DEO GRATIAS

